# ANTONIO GARCÍA-ABÁSOLO GONZÁLEZ

# LA CULTURA AMERICANA Y LA ÉPOCA ILUSTRADA

Separata de la obra

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA Y AMÉRICA

Tomo XI-2.º

EDICIONES RIALP, S. A. MADRID
1989

# H. LA CULTURA AMERICANA Y LA ÉPOCA ILUSTRADA

El fenómeno social que caracterizó al siglo XVIII fue el incremento de la conciencia de peculiaridad experimentado por los criollos. La aparición de síntomas optimistas en la vida americana no fue ajena a ello, tal como la recuperación demográfica o el progresivo desarrollo de la economía, impulsado por la nueva expansión minera.

El sentimiento de alteridad —de «ser otros»— de los criollos no era, desde luego, original del siglo XVIII, pero fue entonces cuando adquirió una particularidad especial, hasta el punto de que se ha propuesto denominar a ese período como la época del «triunfalismo criollo». Pero el criollo del siglo XVIII no se limitó a tener conciencia de ser otro, sino que sus sentimientos le condujeron a considerarse singular y privilegiado. América aparecía a sus hijos como una nueva tierra de promisión que, por una especial predilección, Dios había puesto en manos de los criollos. A la riqueza sobreabundante del país se añadió en la segunda mitad del siglo XVIII, para completar el marco, el desarrollo urbanístico de las capitales con la nueva arquitectura neoclásica, que se presentó precisamente cuando los ciudadanos comenzaron a experimentar los placeres de la vida callejera. Así, esas capitales empezaron a adornarse con una gama de construcciones públicas, entre las que no faltaban las destinadas a llenar las aspiraciones de diversión, como los paseos y los teatros.

### I. Criollismo y espíritu de progreso

Se distinguió el criollismo del siglo XVIII por ser un sentimiento progresivamente creciente, hasta llegar a transformarse en un antagonismo frente a los peninsulares y frente a lo español en general. Y no es extraño que a aquellos elegidos de Dios se les hiciera insoportable el sistema de valores que imperaba, todavía enraizado en la época de la conquista. Es preciso añadir los resultados del cambio de tendencia de la emigración peninsular: durante el siglo XVIII el mayor aporte humano que recibió la América española procedió de regiones que antes ha-

bían tenido una presencia minoritaria, como la región cantabroastur o el levante, o de otras que siempre habían estado presentes, pero que en el siglo XVIII intensificaron sus envíos, como el País Vasco. La singularización de estos nuevos inmigrantes se hizo más llamativa al entrar en una sociedad criolla cuyos antecedentes eran, sobre todo, andaluces y castellanos. Al antagonismo criollo-peninsular se sumó la diferenciación peculiar de las regiones españolas, aportando una nueva carga de emotividad.

También es necesario consignar la diversificación de la propia sociedad criolla, en cuanto a que medidas del reformismo borbónico, sobre todo las relativas a la progresiva apertura del monopolio comercial, permitieron el desarrollo en ciudades portuarias de la costa atlántica como Caracas, La Habana, Buenos Aires o Veracruz de una burguesía comercial y profesional más abierta a las corrientes de ideas que llegaban de Europa que la de las capitales del interior.

En la segunda mitad del siglo XVIII la singularidad criolla adquirió una nueva dimensión internacional, en virtud de las polémicas suscitadas en torno a la inferioridad de la naturaleza americana y de los americanos respecto de Europa y los europeos. Sólo un año después de la expulsión de los jesuitas. en 1768, apareció en Berlín la obra de Cornelius de Paw, Recherches philosophiques sur les Américains, que se apoyaba en Buffon, para tratar de demostrar la superioridad de Europa respecto a América. La cuestión sobrepasaba los intereses de la historia natural para insertarse en un debate más antiguo, porque, en el fondo, las discusiones ponían en tela de juicio la capacidad de los criollos para gobernarse a sí mismos. En la defensa de los criollos y de América ocuparon una posición de vanguardia los jesuitas americanos afincados en Italia, particularmente Francisco Javier Clavijero (1731-87), cuya Historia Antigua de México, publicada en Cesena en 1780, incluía una refutación de los ataques de De Paw. Todavia ese debate iba a alcanzar una difusión mayor cuando el Deutsche Merkur, de Weimar, ofreció sus páginas a los polemistas para que expusieran sus opiniones.

## II. La renovación de la Ilustración y sus promotores

Durante el siglo XVIII la América española, como el mundo occidental en general, se vio afectada por el movimiento intelectual conocido con el nombre de Ilustración. En España las nuevas corrientes ideológicas fueron seguidas con entusiasmo por la elite social e intelectual, que conoció todas ellas, fueran más o menos moderadas o más o menos radicales, aunque las que se dejaron llegar a la masa popular se tuvo buen cuidado de que fueran aquellas no perjudiciales al sistema político ni a la ortodoxia religiosa. Por esta vía se llegó a asentar en la Península un tipo de Ilustración genuina, ecléctica, que armonizó las nuevas ideas con la ortodoxia cristiana. En particular, se extrajo de la modernidad lo que era válido para hacer salir a España de la decadencia, esencialmente la aplicación de la razón a un programa de reforma cuya puesta en práctica debía ser dirigida por la autoridad real y hecha comprensible mediante una educación adecuada.

# BIBLIOTHECA MEXICANA

SIVE

ERUDITORUM HISTORIA VIRORUM, qui in America Boreali nati, vel alibi geniti, in ipiam Domicilio aut Studijs afcitt, quavis linguà icripto aliquid tradiderum:

Eorum præfertim qui pro Fide Catholica & Pierate amplianda fovendaque, egregié factis & quibufvis Semptis flutuere editos aut ineditos

# FERDINANDO VI

HISPANIARUM REGI CATHOLICO NUNCUPATA. A UTHORE

DJOANNE JOSEPHO DE EGULARA ET EGUREN,
Mexicano, eletto Epilopo Jucaianensi. Metropol. Ecclesia parria
Gananco Maggirali, Regra ce Pontifica Universitati Mexicanensi;
Primario ce Entereto Theologia Antecessore, quost danque Rector,
apud Santia Inquistionis Officiam Censore, Illimi Archiepylops
Mexicani Consultore, et Diszesse Examinatore Synodesis,
Caputinarum Vergenum a Consossimia et alisi factus.

TOMUS PRIMUS

Exhibens Litteras A B C.

### MEXICI:

Ex novă Typographiă în Ædibus Authoris editioni ejuidem Bibliothecz deftinată. Anno Domini MDCCLV.

La segunda mitad del siglo XVIII comenzó bajo los efectos de la reacción provocada por los escritos de Buffon y otros ilustrados europeos, que consideraron a los americanos con menos disposición y capacidad para el cultivo de las letras y las ciencias. Frente a tan disparatadas afirmaciones —que en general tendían a ver como inferior a todo lo americano—, los intelectuales criollos opusieron tan sólidos argumentos demostrativos como los que reunió el mexicano José de Eguiara y Eguren en su Bibliotheca Mexicana, catálogo de los eruditos del área novohispana, con descripción de las obras compuestas por cada uno, que comenzó a publicar en 1775, en tres gruesos volúmenes en folio.

El gran promotor de esta forma específica de pensamiento ilustrado español fue Benito Jerónimo de Feijoo, gran divulgador de la necesidad de adoptar en España soluciones científicas modernas y los métodos experimentales. Su influencia se extendió hasta 1750 aproximadamente, preparando la gran explosión del nuevo resurgir español de la época de Carlos III y, en cierto modo, la penetración de las ideas enciclopedistas a partir de 1789, aunque su intención estuviera muy alejada de semejante objetivo.

El continuador de Feijo en la segunda mitad del siglo fue, sobre todo, Gaspar Melchor de Jovellanos, que prosiguió el programa de reforma en el campo educativo y en la aplicación de los conocimientos prácticos. Fue en el campo económico en donde Jovellanos se manifestó seguidor apasionado de la Ilustración, en especial de los pensadores ingleses que propugnaban el liberalismo económico.

La Ilustración que llegó a la América española fue, en primera instancia, la que había arraigado en la Península. De la misma manera que en España, las nuevas ideas circularon ampliamente por la elite intelectual y social, constituyendo la Ilustración un fenómeno de minorías y además selectivo; los círculos intelectuales podían conocer, y conocían de hecho, el pensamiento de los filósofos radicales, pero nunca fue aceptado lo que atacara al sistema político y mucho menos lo religiosamente heterodoxo. Por lo tanto, la armonización entre nuevas ideas y religión fue una constante que definió a los dominios de la Corona española.

También, como había sucedido en la Península, el gran difusor del pensamiento ilustrado en el ámbito americano fue Feijoo, que nunca visitó América, aunque manifestó una viva preocupación por ella en sus escritos. Su influjo llegó a través de la penetración del Teatro crítico universal y las Cartas eruditas en el escenario americano con una profusión extraordinaria, y por medio de esas obras arraigó lo que el benedictino había extraído fundamentalmente de las nuevas doctrinas europeas; es decir, la promoción de los conocimientos útiles, así como un actitud nueva ante la vida, mucho más fundamentada en la fe, en la razón y la experimentación, que en los valores de la tradición y los principios de autoridad, sobre los que se había asentado el saber antiguo.

Aunque Feijoo fue muy crítico con el racionalismo cartesiano, abrió la puerta para que, en la segunda mitad del siglo XVIII, se impusiera frente al escolasticismo, pero manteniéndose el pensamiento dentro de los cauces de la ortodoxia en una Ilustración cristiana y filosóficamente ecléctica.

Junto a las ideas de Descartes fue extendiéndose la aceptación del empirismo de Locke y el sensualismo de Condillac y, a medida que avanzaba la centuria, se hizo progresivamente más notoria la presencia de las doctrinas de los enciclopedistas.

La influencia francesa fue muy amplia, de manera que se conocía a Rousseau, Voltaire, D'Alembert, Raynal, Montesquieu y Diderot, pero extrayendo de sus ideas lo que era intelectual y económi-

camente útil, no sus innovaciones de carácter político. La llustración en la América española fue eminentemente intelectual y económico-progresista, y esta nota se acusó, aún más, a partir de 1789, hasta convertirse en rechazó abierto del sistema de terror en que había derivado el pensamiento revolucionario francés.

Sin embargo, esto no fue obstáculo para que las ideas fueran debatidas en tertulias y sociedades económicas y se difundieran a través de las revistas literarias. Quizá deba mencionarse entre sus seguidores hispanoamericanos a Simón Rodríguez, maestro de Bolívar y gran admirador de las ideas pedagógicas del francés Rousseau. En cuanto a su pensamiento político, fue introducido en la América española especialmente por los jóvenes criollos que viajaron a Europa, tanto a España como a Francia e Inglaterra, y estuvieron en contacto con ambientes liberales. Muchos de ellos volvieron llevando consigo el credo renovador, como Simón Bolívar y Monteagudo.

También Voltaire fue conocido, aunque en líneas generales sus ideas no encontraron demasiado eco; más bien el mundo cultural americano, con su fórmula específica de Ilustración cristiana, fue bastante refractario al pensamiento de Voltaire. Hubo excepciones muy señeras, como es la personificada por Pablo de Olavide, decidido partidario de las doctrinas volterianas durante la mayor parte de su vida, especialmente en España.

Incluso ideas tan controvertidas como las expuestas por Raynal en su obra Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes, netamente irreligiosa y contraria al sistema, encontraron algún simpatizante en la América española, si bien de aquellos mismos que habían aceptado las doctrinas de Rousseau. No está de más señalar que el estudio de Raynal fue elaborado, en lo que hacía a las Indias españolas, gracias al material proporcionado por algunos criollos, entre los cuales parece que estuvieron Francisco de Miranda e Ignacio de Heredia. Por otra parte, muchos criollos encontraron probablemente una ocasión de dar salida a su resentimiento frente a los peninsulares por medio de la lectura del libro de Raynal, que adquirió gran difusión en la América española.

# III. Las vías de entrada de las nuevas ideas y su difusión

#### 1. Los libros

La penetración en el escenario americano de las nuevas ideas europeas siguió varios cauces. Una vía de primera importancia fue el comercio de libros, que alcanzó cotas extraordinarias, tanto por procedimientos legales como por contrabando. Es cosa conocida que la Inquisición no funcionaba lo bastante bien como para cerrar con eficacia el paso a los libros prohibidos y, en todo caso, su función era

evitar que este tipo de bibliografía llegara al lector general; su comportamiento con la minoría intelectual y socialmente destacada era muy distinto. La elite criolla pudo leer sin graves dificultades en la segunda mitad del siglo XVIII obras como El espíritu de las leyes, de Montesquieu; el Tratado de las sensaciones, de Condillac; la Historia Natural, de Buffon, o la misma Enciclopedia.

Hay numerosos testimonios que revelan la facilidad de los criollos para hacerse con esos libros y aun para mantenerlos en los anaqueles de sus bibliotecas, al lado de obras de santo Tomás y de la literatura clásica española. Es conocido el caso de Diego Cisneros, censor de la Inquisición en el Callao, que tenía obras prohibidas y las facilitaba sin el más mínimo recato a los intelectuales y a los estudiantes limeños. Otro tanto hacían los extranjeros afincados en la América española, como el barón de Nordenflicht, un alemán técnico en minería que tenía licencia para leer y prestaba libros prohibidos a quienes se lo solicitaban. También estos extranjeros, que pasaron más o menos años en la América española, han dejado noticias acerca de la existencia de numerosas bibliotecas, y muy completas en lo que hacía a sus disponibilidades de libros cuestionados de los pensadores europeos de la época.

Por otra parte, sabemos que hubo mucha afición a la lectura entre las gentes educadas de la sociedad americana y que era frecuente en el sector social preparado intelectualmente el aprendizaje del francés. Las noticias sobre el envío de libros a la América española ratifican esos gustos, tanto en lo que se refiere a la cantidad como en cuanto a la diversidad de los temas. Hay datos de una remesa de libros recibida en el Callao que alcanzó la cifra de 37.612 volúmenes. Igualmente existen referencias que indican la continuidad de la circulación de libros prohibidos incluso después de 1789, cuando los acontecimientos de Francia hicieron aconsejable a las autoridades establecer una mayor vigilancia.

También es preciso tener en cuenta el incremento de la actividad impresora en la América española. En la ciudad de México había seis imprentas en 1761, una de ellas con posibilidad de imprimir en griego y hebreo; en Puebla funcionaron tres en la segunda mitad del siglo XVIII y en Lima seis. En Paraguay la imprenta se introdujo en 1705; en Santa Fe de Bogotá, en 1739; en Quito, en 1760; en La Habana, en 1765; en Buenos Aires, en 1780; en Veracruz, en 1794; en Santiago de Cuba, en 1796; en Santiago de Chile, en 1780; en Montevideo, en 1807; y en Caracas, en 1808.

### 2. Las Sociedades Económicas

En la difusión de los conocimientos útiles y de una actitud nueva, moderna, hacia el trabajo, ocuparon un lugar destacado las sociedades económicas, que siguieron los modelos de las establecidas en España desde 1763. La finalidad de estas instituciones era «mejorar la industria popular y los oficios, los secretos de las artes y las máquinas; facilitar las ma-

niobras y auxiliar la enseñanza», y se extendieron rápidamente por los dominios ultramarinos, gozando de la protección de las autoridades locales. Llegaron a fundarse 15 sociedades hasta 1819, que sirvieron para orientar la mentalidad criolla en un sentido pragmático y colaboraron en la difusión de ideas nuevas, tanto entre sus miembros como entre el sector de la sociedad que sabía leer y tenía ciertas inquietudes, a través de las gacetas, que eran sus medios de expresión.

En origen las sociedades económicas fueron ideológicamente anodinas; su desarrollo estuvo estrechamente vinculado al auge de la economía, mediante la cual se esperaba conseguir el progreso material de la sociedad. A través de ellas, la oligarquía criolla, con el apoyo de las autoridades locales, promovió la intrucción pública, la agricultura y el comercio. Pero cuando apuntaron las doctrinas revolucionarias, las sociedades se comenzaron a ver como centros difusores de esos ideales. Desde la época de fundación de estas instituciones, muchos tradicionalistas las consideraron peligrosas, tanto por la promoción de novedades que alentaban como por el hecho de que tales novedades les resultaban de un carácter excesivamente laico, y se opusieron a su constitución primero y a su desarrollo después. En último término llegaron a convencer a las autoridades de la conveniencia de suprimirlas en los años finales del siglo.

# GAZETAS DE MEXICO,

COMPENDIO DE NOTICIAS DE NUEVA ESPAÑA

Desde principios del año de 1784. DEDICADAS

AL EXMÔ. SEÑOR

# DON MATIAS DE GALVEZ

Virrey, Gobernador y Capitan general de la misma &c. &c. &c. por don manuel antonio VALDES.



CON LICENCIA Y PRIVILEGIO

MEXICO

Por Don Freine de Zukiga y Chriveros, Calle del Espiritu Santo.

Primer ejemplar de la tercera época de Gazetas de México, periódico que, en esta etapa, fue editado por Manuel Antonio Valdés, quien mantuvo su publicación hasta 1810.

Se puede mencionar el caso de la Sociedad Patriótica del Nuevo Reino de Granada, cuya fundación fue fomentada por José Celestino Mutis, y bajo cuyo amparo, ya fallecido el sabio botánico, se dice que se gestó la constitución del espíritu emancipador.

### 3. El periodismo

Ya en época anterior al verdadero periodismo había existido la tradición de recoger en hojas volantes o relaciones algunos sucesos particularmente notables que hubieran acaecido en Europa o en América. Es la primera manifestación de periodismo de que se tiene noticia en la América española y con ello se imitaban los modos de hacer que se practicaban en el Viejo Mundo. La mejora de las comunicaciones y de los servicios postales en el siglo XVIII fue un espléndido fundamento para el desarrollo de la prensa periódica.

El primer intento de periodismo hispanoamericano se produjo en 1722, con la aparición de La Gaceta de México y Noticias de Nueva España, publicación mensual que salió a la luz seis veces consecutivas por la actividad de su promotor Juan Ignacio Castorena. Otra vez apareció La Gaceta de México mensualmente desde enero de 1728 hasta diciembre de 1730, en esta nueva fase editada por Juan Francisco Sahagún de Arévalo Ladrón de Guevara, que pasa por ser el primer periodista del Nuevo Mundo. Todavía, a fines de la época española, el mismo periódico llegó a tener en Manuel Antonio Valdés un tercer editor que mantuvo su publicación hasta 1810. En 1805 comenzó la publicación del Diario de México, fundado por Jacobo de Villaurrutia y Carlos María Bustamante, que duró hasta 1817; y en 1810 apareció La Gaceta del Gobierno de México, que salió a la luz regularmente hasta diciembre de 1821.

Al lado de la prensa informativa surgió pujante en la segunda mitad del siglo XVIII otro tipo de publicaciones de carácter literario, científico, artístico y de crítica de costumbres. En México el gran promotor de la prensa literaria y científica fue José Antonio de Alzate y Ramírez (1729-99), que sacó a la luz el Diario literario de México, aparecido en ocho ocasiones a lo largo de tres meses en 1768; Asuntos varios sobre ciencias y artes, publicado en 1772 y 1773; Observaciones sobre la física, historia natural y artes útiles, publicada en 1787 y 1788; y La Gaceta de literatura de México, cuyo objetivo era la difusión de trabajos americanos y europeos y que apareció entre 1778 y 1795. Además de Alzate, es preciso destacar a José Ignacio Bartolache (1739-90), médico y matemático y promotor del Mercurio Volante en 1772.

En el virreinato del Perú, ya en 1715, La Gaceta de Madrid se reprodujo en Lima en edición americana, durante algún tiempo. Hacia 1743 apareció por primera vez La Gaceta de Lima, publicación bimensual que tuvo un funcionamiento irregular hasta 1821, sostenida por varios promotores. En 1790 el

virrey Gil de Lemos fundó el *Diario Erudito, Eco-*nómico y Comercial de Lima, primer periódico cotidiano de la América española, que dirigió Jaime
Basaute y Mesa y que se transformó en 1791 en el
Mercurio Peruano, dirigido por Jacinto Calero y con
el físico Hipólito Unanue como primer redactor.

También en 1791 el inquieto Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, un médico humanista, fundó en Quinto las *Primicias de la Cultura de Quito*. En 1785 había aparecido en Bogotá el *Papel Periódico*, que llegó a tener hasta 400 suscriptores; y en los años de la emancipación actuó como órgano difusor de las ideas revolucionarias el *Aviso al público*. Antes, entre 1808 y 1811, dirigió Francisco José de Caldas el *Semanario de Nueva Granada*.

La Habana y Buenos Aires tuvieron sus respectivas gacetas en 1764. En Cuba, La Gaceta de La Habana fue dirigida por Diego de la Barrera y abrió paso a la aparición posterior de El Pensador, publicación de carácter literario, y al Papel Periódico de La Habana en 1790, que fundó y dirigió Luis de las Casas. También en Cuba surgieron periódicos dedicados a la crítica de costumbres, como El Regañón de La Habana y El Criticón de La Habana. En 1812 apareció el primer periódico chileno, La Aurora de Chile, del que fue redactor Camilo Henríquez. Dura hasta 1813, año en el que salió a la luz El Monitor Araucano, nuevamente con Henríquez como redactor.

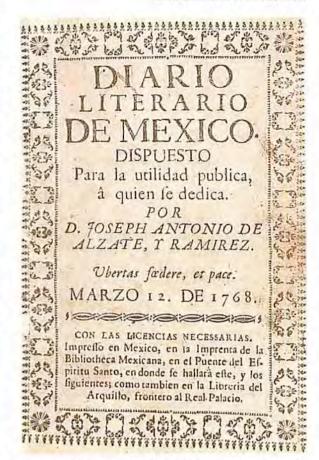
De manera progresiva, la prensa informativa fue, pues, extendiéndose por toda la América española, impulsada por el ejemplo de las capitales pioneras; en Buenos Aires en 1801, en Veracruz y en Santiago de Cuba en 1805, en Puerto Rico y Montevideo en 1807, en Guadalajara en 1809 y en Santo Domingo en 1821.

Como es de suponer, el contenido ideológico de esta prensa no permaneció inalterable a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII. En primera instancia, los periódicos fueron eficaces transmisores de las ideas de la Ilustración. A fines del siglo los periódicos se convierten en vehículos de los nuevos acontecimientos, tanto más cuanto que en esos años la prensa sale del círculo reducido de la época previa.

## IV. El humanismo jesuita

En el movimiento generalizado de expansión cultural que vivió la América española en la segunda mitad del siglo XVIII ocupó un lugar destacado la labor desarrollada por los jesuitas para difundir las modernas doctrinas europeas desde sus instituciones de enseñanza. Es de particular significación el caso de México, porque en su escenario académico confluyeron varias figuras de relevancia incuestionable, cuya aportación a la vida cultural del virreinato ha merecido la atención de los investigadores.

Por eso tuvo tanta importancia la expulsión de los jesuitas de los dominios españoles, decretada en 1767. Se estima que más de 2.600 jesuitas salieron de América para asentarse en territorios italianos,



Ejemplar del Diario Literario de México correspondiente al 12 de marzo de 1768.

llevando consigo la imagen de su tierra patria —la mayoría eran criollos— y convirtiéndose en el exilio, a través de sus escritos, en una fuerza sentimental que contrastaba con el despotismo ilustrado.

La expulsión significó un profundo cambio que afectó a la organización misional y a la atención religiosa general, en primera instancia; pero también tuvo honda repercusión en la sociedad, en el ámbito cultural y en el ritmo de la vida intelectual. Desde las perspectivas educativas, la expulsión implicó el cierre de 120 colegios, desde los cuales los jesuitas habían tenido en sus manos, casi por completo, la educación superior.

El paso a la posteridad de los jesuitas de la época está así más relacionado con los escritos que elaboraron en el exilio; pero también se les debe la preparación del ambiente intelectual para la recepción de las nuevas doctrinas filosóficas y científicas y, en mucha parte, que los frutos culturales inmediatamente posteriores se mantuvieran dentro de los cauces de la Ilustración cristiana que caracterizó al mundo hispánico.

### 1. Figuras destacadas del grupo

Aunque cada uno tiene un valor propio, cabe destacar a Rafael Campoy, Francisco Javier Clavijero, Francisco Javier Alegre y Diego José Abad. Todos ejercieron la docencia en los colegios de la Compañía, repartidos por el virreinato de Nueva España, y aplicaron para ello orientaciones modernas, utilizando una pedagogía más racional y unos métodos que se fundamentaban en la observación directa y la experiencia.

Clavijero leyó a los autores modernos que habían revolucionado el saber en Europa, como Descartes, Bacon, Newton, Gassendi y Leibniz, y también al difusor de la Ilustración en España y en América, Benito Jerónimo de Feijoo. Llegó a elaborar un sistema filosófico propio, cuya nota fundamental era el eclecticismo, la armonización del pensamiento tradicional y las ideas modernas.

Tanto Clavijero como sus compañeros permanecieron dentro de la escolástica, aunque dieron lugar a lo que se ha llamado escolástica moderna en su ámbito de actuación: conocen a Descartes v exponen su pensamiento en sus «cursos de filosofía», pero para refutarlo en gran parte, al tiempo que aceptan sus ideas y sus métodos en lo relativo a la física experimental y rechazan absolutamente el principio de autoridad. En el fondo, las ideas que asimilan de Descartes las consideran menos filosóficas que científicas, fruto de un conocimiento práctico, experimental. En general, este grupo de jesuitas fue bastante consciente de la decadencia de la escolástica, de manera que se esforzaron por desterrar los aspectos erróneos del sistema en materia de enseñanza y actividad científica; pero en su época fueron unos abanderados, la vanguardia que se veía obligada a exponer las novedades con cautela ante la reacción del pensamiento tradicional.

Esta época de transición terminó bruscamente en 1767, con la expulsión de los miembros de la Compañía. Sin embargo, la actividad de los jesuitas tuvo una espléndida continuidad desde el exilio italiano.

### 2. La obra escrita de los jesuitas expulsos

Asentados en los Estados Pontificios y en otros lugares de Italia, los jesuitas que en 1767 habían sido separados por la fuerza del lugar donde actuaban ejercieron una actividad intelectual profusa en la que se mezclaron motivaciones variadas. En sus obras, como es natural, se refleja una cierta crítica al régimen del despotismo que los había expulsado, aunque, sobre todo, destinaron más sus escritos a exaltar las virtudes de su tierra de origen con un neto sabor patriótico.

Entre ellos está, claro es, Francisco Javier Clavijero (1731-89), natural de Veracruz, que ejerció antes de la expulsión —como hemos dicho— una importante labor docente en el Colegio de San Ildefonso, de México. Establecido en Bolonia, escribió y sacó a la luz una Historia Antigua de México, en la que proporciona una ingente información sobre la cultura indígena en el México precortesiano, extraída de fuentes que menciona, como las Cartas de relación, de Hernán Cortés; la Verdadera historia

de la conquista de Nueva España, de Bernal Díaz, y los estudios de Sahagún, el padre Acosta y Motolinia, así como muchas otras. Aunque en ocasiones se deja llevar por un excesivo afán de erudición, su Historia tiene un reconocido mérito, también literario, a pesar de que en su nacionalismo no es capaz de alcanzar a comprender la realidad del México mestizo que él mismo llegó a conocer. Es crítico con los conquistadores y se fija más en lo que destruyeron de la cultura indígena que en la aportación realizada, una vez que se asienta la colonización.

Mexicano de Veracruz y también historiador como Clavijero fue Francisco Javier Alegre (1729-88), autor de la Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España y de una obra titulada Instituciones teológicas, en la que critica el régimen del despotismo ilustrado, trata de la separación entre los poderes civil y eclesiástico y se esfuerza por armonizar las ideas de los filósofos con el cristianismo.

Rafael de Landívar, conocido por la Rusticatio mexicana, debe ser tenido en cuenta por su producción poética. También debe ser citado Manuel de Lacunza (1731-1801), un jesuita chileno que en su obra Venida del Mesías en gloria y majestad se dejó llevar por el resentimiento, hasta el punto de imaginar un reino milenarista con un Mesías que hacía las veces de vengador de la afrenta sufrida por los jesuitas.

Entre los historiadores es preciso citar igualmente a Juan de Velasco, ecuatoriano y autor de una Historia del reino de Quito, y al chileno Ignacio Molina, que escribió una obra titulada Ensayo sobre la historia natural de Chile.

Entre los pensadores, hay que mencionar a Andrés de Guevara y Basoazábal (1748-1801), que en sus Instituciones elementales de Filosofía dedica un capítulo a hacer un elogio apasionado de Descartes, Galileo y Bacon, a quienes considera promotores de una nueva cultura humana. Desde Italia anima a la juventud americana a entrar por la puerta de la nueva filosofía, porque el problema del retraso de unas naciones respecto de otras en el ámbito cultural tiene su remedio propio en la difusión del nuevo saber y los nuevos métodos, mediante una educación igualmente renovadora.

El contenido de la producción crítica ha de verse en la línea de las deficiencias del sistema administrativo y en el conjunto de los movimientos de inconformismo que surgieron durante el siglo XVIII, como la rebelión de los comuneros en el Paraguay (1723-35), el alzamiento indígena de Tupac Amaru en el Perú (1780), la conspiración de los tres Antonios en Chile (1780-81) o la rebelión de los comuneros en Nueva Granada (1781). En algunos casos significados, la protesta fue elevada hasta el extremo, como sucedió con José del Pozo y Sucre, Manuel José Salas, Juan José Godoy y, por lo menos en apariencia, con Juan Pablo de Vizcardo y Guzmán, peruano, autor de la Carta dirigida a los españoles americanos, que se llevó después de su muerte a la América española y que se escribió a incitación de los ingleses para promover alguna revolución contra el poder español.

Sin embargo, las características comunes que definen a las obras del destierro se centran en el cálido amor de lo propio, del suelo patrio y de la historia de sus propios países, en una manifestación de orgullo de sus autores. Muestran al mundo europeo las excelencias de las antiguas culturas americanas. de sus manifestaciones artísticas, de sus lenguas, en una aspiración de insertarlas en la cultura universal. Testimonios de esa labor son la va citada Historia Antigua de México, de Francisco Javier Clavijero; Los tres siglos de México, del también mexicano Andrés Cavo (1739-1802); la Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile, del chileno Felipe Gómez de Vidaurre y Girón (1740-1818); Compendio de historia geográfica y natural del Reino de Chile y Ensayo sobre la historia civil de Chile, de Juan Ignacio Molina (1770-1829), o la Historia del Reino de Quito, del ecuatoriano Juan de Ve-

No puede ser olvidado el mexicano Francisco Javier Alegre (1729-88), que en sus obras Instituciones Teológicas y Memorias para la Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España, que sobrepasan los temas que anuncian en sus títulos, intentó dar sentido cristiano a las nuevas inquietudes políticas y sociales que se estaban planteando los españoles americanos. Así, frente a las teorías que postulaban el derecho divino de los reyes, Alegre defendía el estado representativo y demostraba que sus teorías no eran contrarias a la ortodoxia cristiana. En cuanto a su actividad docente en México, Alegre se manifestó partidario de enseñar las ciencias desde la infancia, mediante métodos adaptados a la mentalidad de los niños. De su experiencia personal se conocen algunas noticias de su «curso de filosofía» referidas a la orientación que dio a la docencia de la física. En la física general añadió a la enseñanza tradicional el estudio del movimiento adaptado a las nuevas ideas; y en física particular, él mismo expone que se sirvió de Tycho Brahe para el estudio de los cielos, siguió a «los modernos» para explicar las plantas, a Descartes para el estudio de los animales y en el'del hombre siguió las orientaciones de Heinster, Malebranche y Descartes.

La confianza plena de estos jesuitas en el valor de la educación se puede observar fielmente en Francisco Javier Clavijero, que la considera «principal apoyo del Estado» y fundamento para «la felicidad del Estado». En su controversia con Cornelius de Paw dejó expuesta su extraordinaria fe en la educación renovada y en los resultados que se podían esperar de su aplicación a los americanos. Rebatiendo a De Paw dice: «Yo, al contrario, traté intimamente a los americanos, viví algunos años en un seminario destinado a su educación [...] observé atentamente su carácter, su genio, sus inclinaciones y su modo de pensar [...], por lo que me creo en estado de poder decidir sin mucho peligro de engañarme, aseguro a Mr. de Paw, y a toda Europa, que las almas de los americanos no son en nada inferiores a las de los europeos [...] y que la única ventaja que le llevan los europeos es la de haber recibido mayor dosis de instrucción.»

### V. Pensadores y renovadores ilustrados

La consideración de las sociedades económicas, los periódicos, etc., como vías de difusión del pensamiento y la ciencia moderna en la América española presupone la existencia de un clima cultural y de personas concretas que dieron vida a esos medios, no menos con su saber que con su empeño ilusionado, a veces teniendo que superar los obstáculos que el sector conservador oponía a las novedades. Ya se ha hecho referencia a la labor desarrollada por los jesuitas, elementos de transición entre la época barroca y la revolucionaria, que fueron los primeros en aplicar los modernos métodos científicos.

En Nueva España los jesuitas encontraron un continuador en Juan Benito Díaz de Gamarra, de la Congregación del Oratorio, que precisamente se había formado en el Colegio de San Ildefonso, de la Compañía de Jesús. Completó sus estudios en España, Portugal e Italia, en donde nuevamente volvió a establecer contacto con sus antiguos maestros. De vuelta en México, desarrolló su actividad docente en el Colegio de San Francisco de Sales, en San Miguel el Grande. A Gamarra le corresponde ser uno de los pioneros en la renovación de los estudios en México, especialmente a través de su obra Elementa Recentioris Philosophie, que se imprimió en México en 1774 y se utilizó como texto de filosofía en el virreinato con carácter oficial. Él mismo se definió como pensador ecléctico, que tanto asimilaba a los pensadores modernos como atacaba los errores de la escolástica, pero sin salirse de ella.

Un ataque frontal y sistemático de la filosofía aristotélica, así como una aceptación de las doctrinas científicas modernas, se encuentran nítidos en Jose Antonio de Alzate y Ramírez. Al presbítero Alzate se le tiene por la figura más notable de la sociedad ilustrada en Nueva España. Tomó sobre sí la tarea de liberar a los estudiantes mexicanos del aristotelismo para llenar ese vacío con doctrinas más prácticas, como eran las de Galileo, Newton, Copérnico o Bacon, entre otros; aquellos que los jesuitas primero y Gamarra después habían ido incorporando a los cursos de filosofía.

Alzate escribió mucho y siempre artículos periodísticos que publicó en sus gacetas, que ya han sido mencionadas. Hombre muy de su época, poseyó un saber enciclopédico, de manera que sus artículos, cartas, colaboraciones y comunicaciones tratan de temas tan diversos como botánica, astronomía, filosofía, minería, literatura, etc. Fue miembro de la Academia de Ciencias de París, de la Sociedad Vascongada y del Real Jardín Botánico de Madrid. Le atrajo de la filosofía moderna el afán de buscar la verdad y cultivó las ciencias naturales con un sentido eminentemente utilitarista, que procuró mantener en las publicaciones que promovió; «para el común de los hombres —escribió en La Gaceta de Literatura— importa más una torta de pan o una lechuga que todas las ediciones magnificas de los Virgilios, Horacios y demás exquisitos autores».

También fue Alzate un apasionado de la educa-

ción popular y ése era el fin que pretendía conseguir a través de sus periódicos: la difusión de las ideas y los conocimientos útiles. Siguiendo la tónica general de la América española, fue defensor de la Ilustración cristiana y así, al tiempo que admiraba la *Enciclopedia* como fruto de «los mayores esfuerzos a que puede elevarse el genio», la criticaba por sus ataques a la religión.

Otra figura señera del panorama científico mexicano fue José Mariano Mociño (1750-1821), alumno de la cátedra de Botánica de Vicente Cervantes, a cuya labor científica se hace referencia más adelante con motivo de su participación en la expedición científica de Nueva España, a la que fue incorporado por Martín de Sessé.

En astronomía y matemáticas se significo Joaquín Velázquez de Cárdenas y León (1732-86), que ocupo la cátedra de Matemáticas de la Universidad de México. Dedicó buena parte de su actividad a promover la minería del virreinato con criterios cientificos, hasta el punto de que señaló la necesidad de establecer un colegio metálico para la formación de los mineros; más tarde esta intención se haría realidad con el Colegio de Minería, al que dio fundamento Fausto d'Elhúyar. Pero, sobre todo, Joaquín Velázquez fue conocido por sus estudios astronómicos, que le llevaron a recorrer las Californias y a participar en expediciones científicas.

También astrónomo prestigioso fue Antonio de León y Gama (1735-1802), especialista en ciencias exactas y autor de una amplia obra científica, entre la que pueden destacarse la Descripción orthográfica universal del eclipse de Sol del día 24 de junio de 1778 y la Disertación física sobre la materia y formación de las auroras boreales. Ambas fueron escritas para especialistas y revelan al minucioso investigador que fue su autor.

A Joaquín Velázquez de Cárdenas se le debe también el haber protegido a José Ignacio de Bartolache, al que orientó hacia los estudios de medicina cuando, por sus críticas a la escolástica, había sido expulsado del Colegio de San Ildefonso. Bartolache estudió también matemáticas y llegó a ocupar la cátedra de la Universidad de México sustituyendo temporalmente a Joaquín Velázquez. Más adelante sería nombrado catedrático de química en la Academia de Ciencias Naturales de México.

Bartolache fue un severo crítico del pensamiento tradicional y tuvo que pagar un alto precio por ello, del que la expulsión del Colegio de San Ildefonso es sólo una muestra. Admirador ferviente de las doctrinas modernas, siguió fielmente el método cartesiano y conoció el pensamiento de Leibniz, Newton, Buffon y tantos otros europeos, así como las obras de Feijoo, al que declaró profesar un profundo respeto. Desde octubre de 1772 su preocupación pedagógica le llevó a sacar a la luz un periódico científico, El Mercurio Volante, que, según anunciaba, iba a especializarse en física y medicina. Su actividad desde el periódico, como la realizada en la docencia directa, y el contenido y estilo de sus escritos le perfilan como anunciador de una nueva época que definirá un nuevo tipo de Ilustración en la América

española después de 1810. Bartolache permaneció todavía, a pesar de sus críticas a la tradición, dentro de los cauces de la Ilustración cristiana, como se puede ver en su obra *Opúsculo Guadalupano*.

En 1788 llegó a México el logroñés Fausto d'Elhúyar como director general de Minería de Nueva España. Su función principal en el virreinato fue establecer el Colegio de Minería, un centro de formación técnica abierto a españoles e indígenas, en el que D'Elhúyar se propuso como meta formar ciudadanos útiles, además de expertos minerólogos; así, la enseñanza comprendía aspectos de carácter religioso, de educación política y de formación técnica. El Colegio fue un centro de investigación prestigioso, que colaboró eficazmente en la tarea de proporcionar a los criollos confianza en sí mismos y en sus posibilidades. La labor de Fausto d'Elhúyar, que fue el primero en aislar el tungsteno, la continuó Andrés Manuel del Río, descubridor del vanadio y primer traductor español de la Química de Lavoisier.

Durante su estancia en México, Humboldt pudo conocer la labor realizada desde el Colegio de Minería y le dedicó una generosa alabanza: «La Escuela de Minas de México, en la que se hace de manera sólida el estudio de las matemáticas, esparce por la superficie de este vasto imperio un gran número de jóvenes animados del celo más admirable y capaces de manejar los instrumentos que se les confíen.»

En el virreinato del Perú el ambiente intelectual se vio estimulado por la presencia de numerosos científicos españoles y extranjeros a lo largo de casi todo el siglo XVIII. Allí estuvieron Jorge Juan y Antonio de Ulloa, Pierre Bouger, Louis Baudin, Charles de la Condamine, Dombey, el barón de Nordenflicht, Hipólito Ruiz, Juan José Pavón, Alejandro Malaspina, Tadeo Haenke y Humboldt, entre otros. Además de la labor formadora y difusora de las ideas modernas de estos científicos, el virreinato contó también con instituciones muy activas en el cumplimiento de esos mismos fines, como la Sociedad de Amantes del País, fundada en Lima en 1790, y la Escuela de Medicina, establecida en 1808.

El predecesor barroco e impulsor, a la vez, de las nuevas doctrinas fue Pedro Peralta Barnuevo (1663-1743), rector de la Universidad de San Marcos de Lima. Desde su muy influyente posición explicó las ideas de Copérnico, Descartes y Gassendi, y fue un gran admirador de Feijoo. Fue nombrado miembro de la Academia de Ciencias de París.

Pero la verdadera generación de reformadores ejerció su labor en la segunda mitad del siglo XVIII. Uno de ellos fue el ecuatoriano Toribio Rodríguez de Mendoza, clérigo y educador al que se encomendó el Convictorio de San Carlos, institución que fusionó el antiguo Noviciado de Jesuitas y el Colegio de San Felipe, y en el que Rodríguez de Mendoza organizó un sistema de enseñanza acorde con los nuevos tiempos, centrado especialmente en matemáticas y física. En 1785 se convirtió en rector del Convictorio.

Quizás el miembro más significado de la generación fue José Baquijano y Carrillo, conde de Vista-

florida (1751-1818), fundador de la Sociedad de Amantes del País y del Mercurio Peruano, su órgano de expresión. En 1781, siendo joven catedrático de Derecho en la Universidad de San Marcos. le correspondió pronunciar el discurso panegírico, dentro de las actividades que la Universidad dedicaba a la recepción de los virreyes; entonces el recién llegado era Agustín de Jáuregui. En su discurso, Baquíjano utilizó los argumentos que Feijoo había dejado expuestos en su Teatro crítico universal en defensa de los americanos, y de ellos partió para dejar sentado que la nueva generación criolla tenía méritos suficientes para gobernarse a sí misma. El discurso le dio el liderazgo de la juventud universitaria limeña, pero le costó el rectorado de San Marcos, porque Jáuregui se opuso a su candidatura.

También merece destacarse como educador reformista a Isidoro de Celis, de la Buena Muerte, seguidor de los principios de la física de Newton, que aplicó en un curso de filosofía publicado en 1787; además fue maestro de Camilo Henriquez.

Uno de los científicos más prestigiosos fue el doctor Hipólito de Unanue (1755-1833), fundador del Anfiteatro Anatómico, mantenedor del Mercurio Peruano, creador de un amplio programa de reforma de los estudios universitarios que se aplicó en 1815, naturalista y autor de una amplia obra científica en la que se destaca Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre (Lima 1806).

Sabios limeños fueron Francisco González Laguna, experto botánico y supervisor del Jardín de los Agonizantes, y Cosme Bueno (1711-98), al que el médico francés Dombey calificó como «hombre de raro entendimiento y mucho saber» y que fue considerado como el primer converso a las doctrinas de Newton en Perú. Bueno era español, pero se había formado en Lima; en la Universidad de San Marcos se doctoró en medicina en 1750 y se hizo cargo inmediatamente de una cátedra de galénica. En 1757 fue el primer catedrático de matemáticas y cosmografía del Perú, y en 1768 se le nombró miembro correspondiente de la Sociedad Médica de Madrid. Es muy de destacar su esforzado trabajo para realizar una «Descripción del Perú», en la que empleó 15 años y comprendía las zonas que actualmente son los países de Perú, Bolivia, Argentina, Paraguay, Uruguay y Chile.

Un caso singular de Ilustración que se salió de los moldes habituales de la ortodoxia religiosa es el representado por el limeño Pablo de Olavide, seguidor que sería de Voltaire. Su labor fundamental la desarrolló en España, en donde fue colaborador del conde de Aranda, reformador de la Universidad de Sevilla y organizador de la colonización de Sierra Morena. Sus malas relaciones con la Inquisición—por la que fue procesado y condenado— le hicieron marcharse a Francia. Durante su estancia en este país, la contemplación de los excesos de la Revolución tuvo la virtud de operar en Olavide una profunda transformación que le condujo a abandonar su ateísmo, para pasar el resto de sus días como fervoroso católico.

En Nueva Granada el ambiente científico estuvo dominado por la figura extraordinaria de José Celestino Mutis, de cuya labor se da cumplida cuenta más adelante, al analizar la Expedición Botánica de Nueva Granada. Mutis fue un médico reformador de la educación, además de un botánico de prestigio internacional; fundamentó sus enseñanzas en Newton y Copérnico, y le apoyó decididamente el arzobispo Caballero y Góngora. Sus continuadores fueron precisamente sus discípulos, sobre todo Francisco José de Caldas (1770-1816), que cultivó la botánica, la astronomía y la física, publicando numerosos artículos en el Seminario de Nueva Granada, del que fue director. Entre los discípulos de Mutis deben ser igualmente mencionados José Manuel Restrepo, Francisco Antonio Zea, José Domingo Duquesne, Eloy Valenzuela, Joaquín Camacho, Jorge Tadeo Lozano y Francisco de Ulloa.

El gran reformador de la educación en Caracas fue Baltasar de los Reyes Marrero (1752-1809), que convirtió la universidad en centro difusor de las doctrinas modernas, con la aportación extraordinaria de una ingente cantidad de libros proporcionados por la Compañía Guipuzcoana.

En Quito sobresalió la figura de Francisco Javier de Santa Cruz y Espejo (1747-96), crítico del escolasticismo, promotor de una nueva educación que sustituyera a la tradicional, que le parecía «una educación de esclavos». Más adelante se hace una semblanza de su vida y su obra, en el apartado dedicado a la literatura. Otro gran representante de la Ilustración en Quito fue fray Francisco Solano, gran admirador de Feijoo y luchador infatigable para introducir la ciencia moderna en su país. También es preciso mencionar a Antonio de Alcedo (1735-1812), autor del Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o América, en seis volúmenes, publicados de 1786 a 1789; esta obra fue traducida al inglés y publicada en Londres entre 1812 y 1815.

En Chile la Ilustración no prendió con la vitalidad con que lo había hecho en otras provincias americanas. Antes de 1767 es preciso destacar a un grupo de jesuitas humanistas que escribieron obras de historia y practicaron las ciencias naturales. Entre ellos estuvieron Juan Ignacio Molina, a cuya obra ya se ha hecho referencia anteriormente; José Zeitler, un alemán que alcanzó merecido prestigio por sus estudios farmacéuticos; Diego Alquízar Herrera, autor de la obra Elementos cosmológicos; y Manuel Morales, autor de las Observaciones sobre la cordillera de los Andes y llanuras de Cuyo. Merece ser mencionado Manuel Salas, que estuvo en España en contacto con los ambientes ilustrados; a su regreso a Chile organizó unos cursos de dibujo, matemáticas y química que constituyeron el precedente de la Academia de San Luis, fundada en 1797, que se tiene por el primer colegio de orientación moderna en América del Sur.

En el apartado dedicado a teatro se hace mención a otras figuras destacadas chilenas, que pertenecen ya a la generación independentista, como Juan Egaña y Camilo Henríquez.

En el Río de la Plata, por último, los primeros

receptores de las ideas modernas fueron también los jesuitas y el introductor de la Ilustración Benito Jerónimo de Feijoo. Como en el resto de la América española, los seguidores del benedictino mantuvieron una posición ecléctica y se movieron dentro de los moldes de la Ilustración cristiana. Seguidores de las novedades en matemáticas y física fueron los jesuitas de la Universidad de Córdoba, así como el franciscano Fernando Braco, un naturalista admirador de Descartes y de Newton. En la misma línea hay que situar a Juan José Paso, catedrático de la Universidad de San Carlos; a Melchor Fernández y a los físicos Manuel Gregorio Álvarez, Mariano Medrano y José Valentín Gómez. Científicos naturalistas fueron José Godoy, Sebastián Díaz, Manuel Morales, Lázaro Ribera y José Sánchez Labrador, autor de una enciclopedia dedicada a las ciencias naturales que fue publicada en dos ocasiones, entre 1755 y 1767 y entre 1771-76.

### VI. Las expediciones científicas

Es conocida la aportación de españoles significados a la ciencia en la época de la Ilustración, como es el caso de Benito Jerónimo de Feijoo, Jovellanos, Antonio de Ulloa, Gómez Ortega y otros. Sin embargo, lo es menos la labor científica desarrollada en América por una serie de expediciones que tuvieron lugar, sobre todo, en la segunda mitad del siglo XVIII. Todas ellas estuvieron relacionadas con el aumento del interés hacia la Historia Natural, de manera que sirvieron para hacer experimentos, clasificar plantas, animales y minerales, tomar noticia de la población indígena y sus costumbres y enviar a las instituciones españolas adecuadas (Jardín Botánico de Madrid y Gabinete de Historia Natural) una ingente cantidad de material que las enriqueció considerablemente.

Según testimonios de Alejandro de Humboldt, «ningún gobierno europeo ha invertido sumas mayores para adelantar el conocimiento de las plantas que el gobierno español. Tres expediciones botánicas, las de Perú, Nueva Granada y Nueva España [...] han costado al Estado unos dos millones de francos. Además se han establecido jardines botánicos en Manila y en las islas Canarias. La comisión encargada del trazado del canal de Güimes recibió también la misión de examinar los productos vegetales de la isla de Cuba. Toda esta investigación, realizada durante veinte años en las regiones más fértiles del nuevo continente, no sólo ha enriquecido los dominios de la ciencia con más de cuatro mil nuevas especies de plantas; ha contribuido también grandemente a la difusión del gusto por la historia natural entre los habitantes del país».

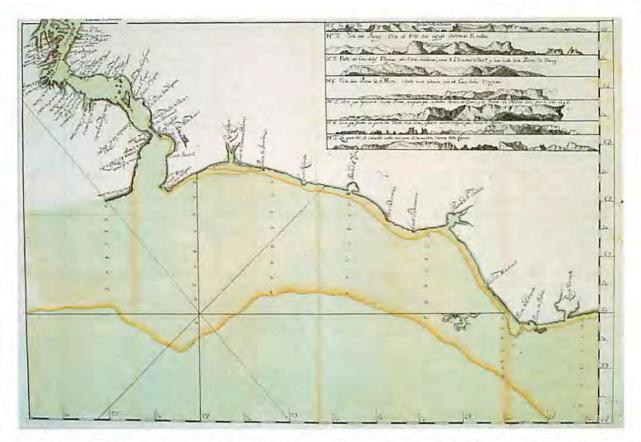
No obstante este notorio esfuerzo, la aportación de estos científicos viajeros permaneció velada a la comunidad intelectual europea, salvo las excepciones que pudieron suponer el contacto de sus miembros con algún científico en particular, como fue el caso, por ejemplo, de la correspondencia manteni-

da entre José Celestino Mutis, director de la Expedición Científica de Nueva Granada, y Carl von Linne; y aun entonces las noticias que pudieron ser remitidas y difundidas de manera indirecta fueron insignificantes, si las comparamos con el conjunto de la labor realizada. En suma, los frutos documentales de estas expediciones han estado guardados en los archivos españoles hasta bien entrado el siglo XX. Por otra parte, los problemas políticos en que se sumió España en el reinado de Carlos IV y su transformación en escenario bélico no ayudaron a que se propiciara el aprovechamiento de esos esfuerzos mediante la edición de sus memorias y resultados. Hubo una excepción, y sólo parcial: la cuarta parte de la Flora del Perú, según los planes editoriales de la propia expedición, pudo ver la luz gracia a la aportación, no del Estado, sino de algunos particulares.

En la época de Carlos III, el interés por la Historia Natural y, en general, las ciencias empíricas, llevó a que se crease un clima de comunicación entre las instituciones científicas del país y las europeas, facilitada por la relajación de las barreras que habían mantenido a España más o menos cerrada al exterior. A través de esos contactos se promovieron los conocimientos útiles tanto en la Península como en el escenario colonial.

España podía acreditar algunas experiencias en el estudio de la naturaleza americana, realizadas desde los comienzos de la época colonial. Gonzalo Fernández de Oviedo mostró un notorio interés hacia la botánica y recogió numerosas descripciones en su Historia general y natural de las Indias. Más adelante, un médico de Sevilla llamado Nicolás Monardes hizo una síntesis de las noticias que habían sido remitidas desde América acerca del tema y publicó los tres volúmenes de su Historia Medicinal: de las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales, que sirven en Medicina (1569-1571-1580), donde había apreciaciones científicamente poco rigurosas.

La aportación culminante del siglo XVI fue realizada por el protomédico Francisco Hernández (1514-78), que por encargo de Felipe II realizó un estudio de historia natural, antigua y política del Reino de Nueva España. Hernández permaneció en las Indias durante varios años dedicado al estudio de las plantas, a la búsqueda de información entre los médicos nativos y a probar las propiedades curativas de los productos encontrados. Fruto de sus trabajos fueron seis volúmenes de texto y diez de dibujos, que fueron enviados a España junto con semillas y plantas. Sin embargo, el original de esta obra no se publicó al completo y quedó destruido en un incendio sufrido por el palacio de El Escorial en 1671. Por fortuna, Juan Bautista Muñoz localizó una copia del texto en el Colegio Máximo Jesuita de Madrid, que utilizó el botánico Casimiro Gómez Ortega para publicar tres volúmenes en 1790, aunque no comprendían la parte dedicada por Hernández a los animales y minerales. Juan Bautista Muñoz es otro exponente del cientificismo, en su caso aplicado a la historia; creador del Archivo General de Indias en 1779, sacó documentación de sus



Mapa del estrecho de Magallanes, comenzando el perfil desde la costa de Patagonia, como resultado de los reconocimientos hechos entre 1783-1792, especialmente los de Antonio de Córdova y Lasso de la Vega, con Churruca. (Archivo General de Simancas).

fondos y de otros repositorios para elaborar la *Historia del Nuevo Mundo*, de la que sólo salió a la luz el tomo primero.

En el siglo XVIII, ya desde el reinado del primer Borbón español, la preocupación por los estudios botánicos dio algunos frutos. Felipe V hizo que se establecieran varios jardines, entre ellos uno en el Colegio de Cirugía de Cádiz y otro en Migas Calientes, en los alrededores de Madrid. Además, en 1712 hizo llegar una cédula a todas las autoridades de los dominios españoles demandando que se enviaran ejemplares ráros de animales, minerales y plantas, con su respectiva identificación y explicación de sus propiedades. El monarca proyectaba recoger toda esta información en una especie de museo de historia natural, que debía instalarse en las proximidades del palacio real y sería dotado con libros de todas las ciencias y abierto al público.

Con ocasión de la medición del grado terrestre, también Felipe V dispuso que dos marinos y científicos españoles, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, acompañaran a los franceses Charles le Condamine, Pierre Bouger y Louis Godin, con la finalidad de evaluar linealmente un grado de circunferencia terrestre. Fruto particular para España de esta expedición fueron las Noticias Secretas, documento de extraordinario interés para la política de reformas en el que fueron recogidas las observaciones y juicios de los españoles citados.

Sin embargo, el despertar de los estudios botánicos que había de situar a España en posición privilegiada en la segunda mitad del siglo XVIII comenzó en el reinado de Fernando VI. En 1755 decretó la fundación de un jardín botánico en Migas Calientes, financiado por el Estado y asentado sobre el ensayo de jardín que había patrocinado su antecesor. A su reinado corresponde igualmente la aparición de los primeros botánicos eminentes españoles, como José Quer, Juan Minuart, José Ortega, Cristóbal Vélez, Miguel Barnades; todos ellos elogiados por Pedro Loefling en su visita a España invitado por el ministro Carvajal. El botánico sueco, discipulo de Linneo, fue incorporado a la expedición de límites con los territorios de Portugal, que encabezaba José Iturriaga para en su tránsito por el Orinoco estudiar la flora del país y su posible aprovechamiento. Fue acompañado de los médicos españoles Benito Pastor y Antonio Condal. Trabajaron en Cumaná y luego en Guayana entre 1754 y 1756, con la misión de buscar plantas que tuvieran aprovechamiento económico y descubrir los modos para explotarlas. Además, se les encomendó enviar copias de los resultados de su trabajo y de los materiales analizados para el Museo de Historia Natural que acababa de establecerse en Madrid y para hacer intercambios con gabinetes similares de otras naciones europeas.

La expedición, sin embargo, no pudo desarrollar-

se a lo largo del tiempo por el fallecimiento de Loefling en 1756, en Guayana; en 1761, algunos efectos de esta expedición fueron transportados a España por los dibujantes que tomaron parte en ella.

El estímulo de este impulso científico provino, sobre todo, del desarrollo del naturalismo, es decir, la consideración de la naturaleza, en cuanto totalidad de realidades físicas existentes, como el principio único y absoluto de lo real. En el siglo XVIII, el naturalismo de la Enciclopedia, representado por Jean-Baptiste-René Robinet, y el naturalismo mecanicista, cuyos máximos exponentes fueron La Mettrie y Holbach, tuvo un marcado carácter científico. El triunfo de estas doctrinas llevó a los hombres de ciencia de la época a dirigir sus miras hacia el estudio de sus propios países para, en cierta manera, redescubrirlos, mediante la observación de sus recursos naturales y sus costumbres y volviendo sobre su propia historia. Los propios criterios de autoridad se deslizaron desde las antiguas posiciones inamovibles a las que derivaron de la aplicación de los métodos científicos modernos, fundamentados en la observación y la aplicación de la razón.

Las nuevas concepciones científicas fueron empleadas por hombres de ciencia españoles y excranjeros en el Nuevo Mundo y llevaron a la organización de varias expediciones, que tuvieron como objetivo realizar una completa revisión de los conocimientos acerca de la naturaleza y recursos de la América española. No fue una actividad que singularizara especialmente a España; el resto de la intelectualidad europea manifestó inquietudes similares, como muestran las expediciones del capitán inglés James Cook, realizadas entre 1769 y 1778; el viaje de Louis Antoine de Bougainville alrededor del mundo, de 1766 a 1769, o el del conde de La Pérouse a California, Hawai y el Pacífico sur. Sí fue original España en cuanto al generoso patrocinio que los monarcas ejercieron sobre las expediciones organizadas para realizar estudios en sus posesiones coloniales.

Consecuentemente, debe ser considerada como época dorada de las expediciones científicas españolas la del reinado de Carlos III, pues, siendo el propio monarca prototipo de hombre ilustrado, se preocupó del desarrollo científico y fomentó la creación en Madrid de instituciones tan relevantes como el Real Jardín Botánico, el Museo de Ciencia Natural, la Real Academia de Medicina y el Observatorio Astronómico. Estos centros, que tenían un carácter académico, fueron lugar de preparación de científicos según los métodos modernos y de ellos salieron los estudiosos que integraron las expediciones al Nuevo Mundo en su mayor parte.

En 1768 Carlos III aprobó una expedición de astrónomos compuesta por científicos españoles y franceses, para observar el tránsito de Venus en la baja California. Esta expedición formaba parte de un plan inglés, al que también pertenecía la protagonizada por James Cook, cuyo lugar de destino fue Tahití. Por parte francesa iba Chappe d'Auteroche, de la Academia de Ciencias de París, y por parte española fueron designados los oficiales de la Ar-

mada Vicente Doz y Salvador Medina. Organizaron su observatorio en San José del Cabo y pudieron contar con la ayuda del astrónomo mexicano Joaquín Velázquez de León, cuya valía científica fue repetidas veces ponderada por Humboldt. Chappe y Medina murieron en el transcurso del proyecto, pero los resultados aportados permitieron realizar en 1771 un cálculo de rigor apreciable de la distancia entre la Tierra y el Sol.

## 1. La expedición de Perú

En 1777 Carlos III nombró a Hipólito Ruiz jefe de una expedición destinada a hacer un examen metódico e identificar los productos de la naturaleza americana en Perú y Quito, no sólo para promover el progreso de las ciencias físicas, sino también para disipar dudas y falsificaciones existentes en la ciencia médica. Asimismo encomendaba a la expedición descubrir plantas y realizar dibujos de ellas, para enriquecer el Museo de Historia Natural y el Jardín Botánico de Madrid.

La expedición a Perú surgió como una iniciativa del primer ministro francés Robert-Jacques Turgot, que solicitó a Carlos III en 1774 autorización para enviar al botánico Joseph Dombey a América. En efecto, el monarca accedió, pero poniendo como condición que fuera en compañía de otros científicos españoles. Los elegidos por el «primer botánico» Casimiro Gómez Ortega fueron Hipólito Ruiz y José Antonio Pavón y Jiménez. El primero era natural de Burgos y había estudiado en Madrid lógica, física experimental, química y farmacia, y en 1772 botánica en el jardín de Migas Calientes. Pavón era de Cáceres e igualmente se trasladó a Madrid con su tío José Pavón, «segundo botánico» de Carlos III. Estudió en el Colegio de Santo Tomás diversas disciplinas, entre ellas mineralogía, física y química, y con Gómez Ortega, botánica y farmacia. Como pintores fueron escogidos José Brunete, discípulo de Mengs, e Isidro Gálvez, ambos estudiantes en la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando. Al frente de la expedición, después de no pocos problemas, fue colocado como primer botánico Hipólito Ruiz, según convenía al marco genuinamente español en que la empresa se iba a desarrollar, aun cuando se reconocía la mayor experiencia del veterano botánico francés Dombey, que se integraba oficialmente como «miembro acompañante de los españoles».

Partieron el 24 de noviembre de 1777 en el navío El Peruano, de la Armada española, llevando semillas y huesos de fruta para sembrar en América; y sin graves contratiempos llegaron a Lima, a través del cabo de Hornos, el 8 de abril de 1778. Tenían órdenes de recoger especies en forma de semillas y ejemplares de plantas secas formando herbarios; pero, además, debían intentar enviar plantas vivas, bulbos, brotes y cepellones de césped a España. Una vez de regreso en Madrid, los botánicos los estudiarían con profundidad, cuando las plantas se hubieran aclimatado y multiplicado. También

en Perú debían recoger muestras de las mismas especies que las enviadas, con el fin de reparar las posibles pérdidas que se produjeran en los largos traslados a los que había que someter a las plantas.

En una primera etapa los expedicionarios se movieron por zonas cercanas a Lima, estableciendo la sede central en la capital del virreinato; estuvieron 16 meses en Lima, tres en Lurin-Surco y cinco en Chancay-Huaura. En 1779 se adentraron en los Andes para establecerse en Tarma, en donde permaneció el cuartel general de la expedición durante ocho meses y medio. Al año siguiente estaban de vuelta en Lima esperando la orden oficial para trasladarse a Quito, según contemplaba el proyecto original de la empresa. Sin embargo, la falta de noticias de España les hizo permanecer en Perú y establecer una nueva sede de la expedición en Huánuco, con el objetivo particular de buscar y estudiar la quina.

Para entonces casi se había cubierto el plazo de cuatro años concedido a los expedicionarios, quienes de regreso en Lima decidieron sustituir el viaje a Quito por otro a Chile, no contenido en los planes que se habían trazado en España. En esta solución influyeron, por una parte, la incertidumbre de las noticias procedentes de la Península y, por otra, la aprobación provisional de una expedición en Nueva Granada por el virrey Caballero y Góngora, dentro de la cual se entendía que iban a proyectarse las observaciones y estudios de buena parte del territorio de Quito.

La expedición de Perú se trasladó a Chile en 1782 y estableció sede en Concepción para permanecer en esa zona durante 12 meses, en los que se dedicaron a estudiar, entre otras cosas, el pino chileno (Araucaria araucana), que la Corona estaba experimentando en la construcción naval. En 1783 se trasladaron a Santiago, para volver a Lima desde Valparaíso a finales de ese año.

Dombey, cuyas relaciones con los botánicos españoles no habían sido fáciles ni en España ni en América, se separó de la expedición y partió para Cádiz en abril de 1784. El año anterior le fue concedida a Ruiz una prórroga indeterminada para continuar las investigaciones; pero, antes de reemprender los trabajos, prepararon el envío a España de los resultados de los cinco primeros años de estudio. Fueron remitidos en 1784 en el navío San Pedro de Alcántara y consistían en 55 cajones de plantas secas, semillas y madera, trozos de oro, plata y cobre; animales, pájaros y peces; conchas, piedras y tierra; y utensilios y ropa de los indios. Los dibujos alcanzaban un total de 1.013 y, además, Ruiz entregó a Escobedo, visitador del Perú, dos volúmenes de descripciones de plantas para que los llevase personalmente a España, a fin de evitar riesgos de pérdidas. Prudencia muy encomiable, porque, en efecto, el San Pedro de Alcántara naufragó.

En cuanto a los ejemplares vivos, prepararon seis estufas con 31 macetones de árboles y arbustos; en ellas iban, entre otras, las siguientes especies: 17 pinos chilenos pequeños, cuatro especies de plataneras, tres aguacates, cedros, cuatro guavas, tres ci-

ruelos, el guayuco, cinco «cerecitos de Lima», dos cacaos y un cafeto, dos árboles de quinaquina, tres jaboneras, tres árboles aromáticos de mirra, dos de jengibre, cuatro casias, el peumo chileno, dos lúcumos, dos nogales, el mamey y la raíz de colaguala.

En 1784 partieron de Lima para establecer su sede de nuevo en Huánuco, desde donde se trasladaron a Pozuzo, en la selva, para permanecer allí dos meses, en los que hicieron 400 descripciones y 300 dibujos, y fueron recogidos 314 ejemplares secos. Una nueva expedición desde Huánuco a la hacienda de Macora terminó en un lamentable incendio que destruyó gran parte del trabajo realizado. Otra expedición a la zona de bosques la dirigieron hacia Muña, después de haber conseguido una nueva remesa de fondos en 1786.

El 12 de octubre de 1787 Hipólito Ruiz recibió la orden de regresar a España y, en efecto, en abril del año siguiente los expedicionarios dejaron el Perú después de 11 años de trabajos. Transportaron 3.000 descripciones de plantas y más de 2.000 dibujos, un inmenso volumen de datos a los que se unirían pronto los proporcionados por las expediciones de Nueva España, Nueva Granada y Filipinas, de manera que el esfuerzo económico que la Corona debería hacer para la publicación se preveía serio. Carlos IV, a la vista de ello, recurrió a sus súbditos ultramarinos, pidiendo a las autoridades coloniales que apoyaran la organización de un sistema de recaudaciones voluntarias, para emplear en la publicación general de la Flora Americana.

En 1792 se publicaron los estudios de Hipólito Ruiz sobre la quina, gracias a la aportación de fondos que hizo el propio autor; el libro salió a la luz con el título de *Quinología*. En cuanto a los proyectos para la publicación del trabajo global realizado en Perú, que se pensaba compilar en 11 volúmenes, sólo salieron a la luz un breve prólogo que hizo las veces de volumen primero con el título de *Prodromus* y tres tomos de la *Flora peruviana et chilensis*.

# 2. José Celestino Mutis y la expedición botánica de Nueva Granada

José Celestino Mutis fue la figura que dominó en la expedición científica de Nueva Granada y, en general, en el escenario científico e ilustrado de ese virreinato en la segunda mitad del siglo XVIII. Había nacido en Cádiz en 1732, se graduó en gramática, filosofía y medicina. En Madrid explicó anatomía y estudió botánica con Miguel Barnades en el jardín de Migas Calientes, que fundó Fernando VI. En 1760 salió de Cádiz para Nueva Granada como médico del virrey marqués de la Vega de Armijo, de manera que en 1761 estaba ya en Santa Fe de Bogotá para no abandonar el virreinato en el resto de su vida.

Obligado a ejercer la medicina en los primeros años —función con la que pasó al virreinato—, se aplicó intensamente, debido a la precariedad del número de facultativos y al requerimiento de los pa-

cientes, pero sus conocimientos fueron también aprovechados para hacerse cargo de labores docentes, típicas de su espíritu ilustrado, de manera que fue nombrado profesor de matemáticas en la Universidad y de astronomía en el Colegio de San Bartolomé. Sabemos que la eminencia botánica internacional, Carl von Linné, tenía conocimiento de la existencia de Mutis, porque a poco de llegar a Bogotà éste recoge en su diario el contenido de una carta del científico sueco: «Este caballero se sirvió escribirme una elegante y dilatada carta, en que solicita mi correspondencia: me anima a las peregrinaciones: me franquea el honor de Académico en la Academia de Ciencias de Upsala; me promete consagrarme una planta [... y] no faltar a nombrarme siempre que se proporcione motivo de citar mis colecciones [...]. Me encarga especialisimamente que trabaje en describir las especies de hormigas, sus costumbres y economía, y que al punto le remita mis trabajos para ser admitido en el número de aquellos sabios.» Así se inicia una correspondencia que sería mantenida hasta la muerte de Linneo. Igualmente, Mutis mantuvo contactos epistolares con sus colegas españoles, en particular con su maestro Barnades y otros europeos.

En 1763 y 1764 solicitó ayuda oficial para terminar la Historia Natural de América, que había sido comenzada en tiempos de Felipe II y continuada por Fernando VI con el envío de Loefling a Cumaná. Entonces llamó la atención sobre la ayuda proporcionada por los monarcas a los naturalistas para la realización de sus estudios, que en España se debería emular, tanto más cuando el objetivo era el conocimiento de la naturaleza americana. No olvidó hacer alusión al interés económico que se derivaría de la explotación comercial de muchas especies de utilidad en la práctica médica y de aprovechamiento industrial. En particular, Mutis estaba interesado en el estudio de la quina, de la que llegó a descubrir varias especies.

En 1772 se ordenó sacerdote en Santa Fe y se le otorgó una canonjía en la iglesia metropolitana. Sus funciones docentes, que aprovechaba para exponer las doctrinas de la ciencia moderna, le proporcionaron algunos problemas con sus colegas más tradicionales. En 1774 fue denunciado a la Inquisición por los dominicos por explicar el sistema copernicano; sin embargo, el tribunal decretó que tal sistema no podía ser condenado en razón de la obediencia a la autoridad del monarca, puesto que por una real cédula había decretado que en las universidades y colegios de sus dominios debían enseñarse las teorías de Newton, que eran la confirmación de las doctrinas de Copérnico.

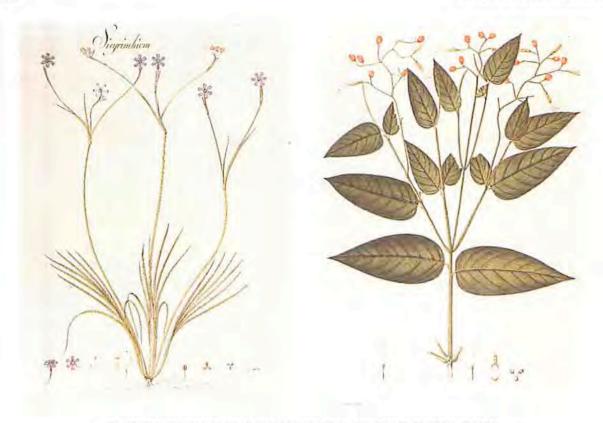
Una nueva etapa para Mutis se inició en 1782, con el nombramiento de Antonio Caballero y Góngora como virrey de Nueva Granada, que convirtió al sabio botánico en su asesor. En 1783 el virrey organizó una comisión científica provisional a la que llamó Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada y nombró a Mutis director, al tiempo que le pidió un informe del estado de sus estudios sobre la historia natural del país, a fin de gestionar la auto-

rización del monarca. Por aquel entonces se había concedido permiso a unos austríacos para realizar estudios naturalistas en tierras americanas y el virrey Caballero y Góngora se identificaba con Mutis en lamentar que tales empresas les fueran encomendadas a extranieros en lugar de a españoles.

En noviembre de 1783 Carlos III concedió a Mutis el cargo de primer botánico y le autorizó a desarrollar la Expedición Botánica de la América Septentrional, así llamada en la orden real, aunque se refería a Nueva Granada. En el año siguiente fue nombrado académico correspondiente del Real Jardín Botánico de Madrid y miembro de la Academia de Estocolmo. Integraron la expedición Eloy Valenzuela, como científico, que era discípulo de Mutis, y los pintores criollos Antonio García y Salvador Rizo, así como otros cinco más de la escuela pictórica de Quito: Antonio y Nicolás Cortés, Antonio Silva, Vicente Sánchez y Antonio Barrionuevo. En ese mismo año los expedicionarios se trasladaron a Mariquita, en donde establecieron su cuartel general. El cambio de lugar se realizó con motivo de la llegada al virreinato de Juan José d'Elhúyar y Ángel Díaz, dos mineralogistas de la Escuela de Vergara y miembros de la Real Sociedad Vascongada, que habían sido enviados por Carlos III, a requerimiento de Caballero y Góngora y Mutis, para estudiar las minas de plata del país y procurar su mejor explotación.

El virrey Caballero y Góngora se retiró definitivamente a España en 1788, de manera que Mutis se quedó sin su más ferviente protector y pasó, enfermo, a residir en Santa Fe en 1791. Esta nueva etapa la dedicó más estrechamente a la botánica, rodeándose de discípulos ávidos de estudiar las ciencias naturales, entre los cuales deben ser citados Jorge Tadeo Lozano y, sobre todo, Francisco José de Caldas. No obstante, su prestigio y su condición de consejero del virrey hicieron que no pudiera liberarse de continuos encargos. Para el Colegio del Rosario realizó un programa para los estudios de medicina, con cinco cursos académicos y tres años de prácticas. El virrey Mendinueta le encomendó un informe sobre el sistema copernicano, porque los agustinos de Santa Fe seguían aún el ptolomeico, aferrados a la tradición frente a la ciencia moderna. En él Mutis muestra la posibilidad de armonizar la ortodoxia religiosa con la aceptación de los nuevos conocimientos científicos, una constante de la ciencia española de la época y también de la americana. Más tarde remitió otro sobre la necesidad de fundar un laboratorio y una cátedra de química.

En 1801, Humboldt, al que Carlos IV había abierto las puertas de América en 1799, decidió alterar el itinerario de su viaje a Perú para pasar por Santa Fe con el objeto de ver a Mutis y conocer sus trabajos sobre la flora de Bogotá. Dos meses estuvieron en Santa Fe Humboldt y Bonpland, tras un encuentro emocionante que el propio alemán describió: «Mutis había desalojado a la viuda de su hermano para que tuviéramos casa, patio, jardín y cocina propios. Ante la casa esperaban de pie el propio Mutis y sus viejos amigos, todos elegantemente vestidos.



Dos láminas de la expedición de José Celestino Mutis. (Real Jardín Botánico, Madrid).

Al salir con mi barómetro en la mano, instrumento que no confío a nadie, sonrió. Nos abrazamos afectuosamente, pero Mutis parecía azorado e incómodo en su comportamiento hacia nosotros. En seguida comenzamos a charlar de cuestiones científicas. Empecé a hablarle de las plantas que había visto durante la jornada, pero muy hábilmente orientó la conversación hacia temas más generales para que pudieran comprender los que estaban cerca. Se había dispuesto un maravilloso banquete en nuestro honor y no podía dar crédito a mis ojos cuando el célebre Salvador Rizo, a quien Cavanilles había dedicado una planta, apareció como camarero y nos sirvió la mesa.»

Aquellos dos meses fueron tiempo suficiente para que Humboldt manifestara haberse «sorprendido de los trabajos que [Mutis] ha ejecutado y de los que piensa llevar a cabo; es admirable que un hombre solo sea capaz de concebir y poner en obra un plan tan vasto».

En el mismo año de 1801 se estableció en Santa Fe la Sociedad Patriótica de Nueva Granada, según había propuesto Jorge Tadeo Lozano en El Correo Curioso siguiendo los consejos de Mutis y con la protección del virrey Pedro de Mendinueta. Los fines de la institución eran «fomentar el Nuevo Reino de Granada, en general, y a cada una de sus Provincias en particular, reduciendo sus miras a estos tres capítulos: 1.º La Agricultura y Cria de Ganados; 2.º La Industria, Comercio y Policía; 3.º Las Ciencias Útiles y Artes Liberales. Para su funcio-

namiento se constituyeron tres premios de Agricultura, tres de Industria y tres de Literatura, la publicación de memorias y la enseñanza de la industria de los oficios».

En 1802 Francisco José de Caldas se incorporó a la expedición botánica con la misión de hacer un estudio de flora y fauna y realizar observaciones astronómicas en el itinerario Quito, Guayaquil, Panamá, Portobelo, Cartagena y Santa Fe; es decir, a lo largo de su traslado desde Quito, donde residía, para incorporarse a la sede de la expedición. En Santa Fe se creó un observatorio en el que Caldas entró como astrónomo en 1803.

En estos últimos años de la vida de Mutis, reunió sus trabajos sobre la quina en un tratado que tituló *Arcano de la Quina*, que él mismo quiso publicar, pero que no vio la luz hasta 1828 y no en la forma original concebida por el autor. Falleció el 11 de septiembre de 1808.

A Mutis se le deben, entre otras muchas cosas, el uso medicinal de la ipecacuana, el bálsamo de Tolú, el bálsamo del Perú, el té de Bogotá, la nuez moscada y la corteza de Angostura. Nueva Granada se benefició de su labor docente, de la que surgieron figuras tan eminentes como el ya citado Francisco José de Caldas y Francisco Antonio Zea.

Como resultado de los trabajos de la expedición botánica fueron enviados a España alrededor de 7.000 dibujos en color de la flora del país, que con 4.000 páginas de texto manuscrito fueron recogidos en el Real Jardín Botánico de Madrid.

# 3. La Real Expedición Científica de Nueva España

En 1785 comenzaron los preparativos para realizar lo que sería Real Expedición Científica de Nueva España, aprobada en 1787 y autorizada para trabajar durante seis años bajo la dirección de Martín de Sessé y Lacasta. Sessé era un aragonés que había realizado estudios de medicina en la Real Academia de Zaragoza y en Madrid. Ejerció como médico de la Armada de Gibraltar en 1779 y al año siguiente embarcó en Cádiz con dirección a La Habana con el marqués del Socorro. Continuó como médico militar en La Habana, pasó como tal a la conquista de Providencia y fue después a México, donde ejerció el cargo de médico del Santo Oficio desde 1785 hasta 1789.

En 1785 fue nombrado comisionado del Real Jardín Botánico de Madrid y desde entonces se vinculó a la expedición botánica de Nueva España, hasta su muerte en Madrid en 1808. En colaboración con José Mariano Mociño se le atribuyen las obras *Plantae Novae Hispaniae y Flora Mexicana*.

José Mariano Mociño fue el colaborador fundamental de Martín de Sessé. Había nacido en Temascaltepec y estudiado en la Universidad de México teología y medicina, después de haberse graduado de bachiller en artes. Al mismo tiempo estudió matemáticas en la Real Academia de San Carlos y finalmente, en 1789, comenzó estudios de botánica con el catedrático Vicente Cervantes en el Jardín Botánico de México, con éxito suficiente como para que Martín de Sessé decidiera incorporarlo a la expedición en 1790, a la que se dedicó hasta su muerte en Barcelona en 1819.

La expedición a Nueva España, junto con la de Ruiz y Pavón al Perú y la de Mutis a Nueva Granada, entra en el conjunto de las llamadas «tres grandes» de carácter botánico realizadas en América. A Martín de Sessé correspondió la iniciativa en la promoción de la expedición ante el virrey conde de Gálvez en 1785; Carlos III asumió el patrocinio de la empresa en 1786. La idea iba acompañada de la creación de un jardín botánico en México, dotado con una cátedra desde la cual se pensaba impartir docencia inmediatamente. Los objetivos de la expedición los había fijado el propio monarca en «promover los progresos de las ciencias phísicas, desterrar las dudas y adulteraciones que hay en la medicina, pintura y otras artes útiles y aumentar el comercio [y para], suplir, ilustrar y perfeccionar, con arreglo al estado actual de las mismas ciencias naturales, los escritos originales que dejó el doctor Francisco Hernández, proto-médico de Felipe II».

Desde España prestaron apoyo a la empresa Carlos III y Carlos IV y el equipo del Jardín Botánico de Madrid, del que formaban parte Casimiro Gómez Ortega, Antonio Palau y Verdera y Cavanilles. La expedición quedó integrada por Martín de Sessé, como director; Vicente Cervantes, como catedrático de botánica; José Longinos Martínez, en calidad de naturalista y disector; Juan del Castillo y Jaime Senseve, como farmacéutico. En el propio Mé-

xico, y como fruto de la actividad desarrollada por Cervantes desde la cátedra de botánica, se incorporaron dos de sus discípulos: José Mariano Mociño y José Maldonado.

Entre 1788 y 1802 los expedicionarios realizaron su trabajo explorando desde Nicaragua hasta California. Mociño viajó hasta Nutka, estudió el volcán de Tuxtla y la flora de Guatemala. En compañía de Juan del Castillo, que murió víctima del escorbuto, hizo una exploración a la Tarahumara. Longinos estuvo en California y luego recorrió la costa hasta Guatemala, en donde fundó el Gabinete de Historia Natural, siguió hasta Yucatán y murió en Campeche en 1803. Martín de Sessé, por último, estuvo en Puerto Rico y Santo Domingo, y dirigió una exploración llevada a cabo en Cuba.

El director de la expedición regresó a España con un herbario que superaba las 3.500 plantas, entre ellas 200 géneros nuevos; dibujos y descripciones de 500 aves; 250 peces y algunos de cuadrúpedos e insectos. Los resultados se publicaron en las obras citadas, *Plantae Novae Hispaniae y Flora mexicana*, quedando buena parte de los documentos recogidos inéditos, entre otros un trabajo de Sessé dedicado a los peces de Cuba y otro de la flora de Guatemala, realizado por Mociño.

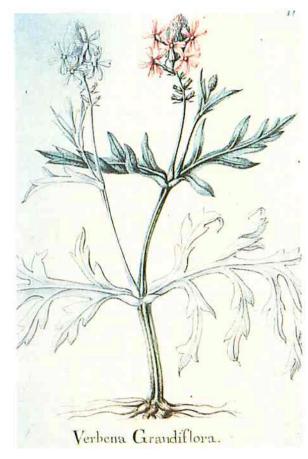
Es conveniente destacar la labor del miembro de la expedición Vicente Cervantes, que se había formado como botánico en Madrid al lado de Casimiro Gómez Ortega y que colaboró estrechamente con Sessé para sacar adelante el Jardín Botánico de México. Tras tres años de emplazamiento provisional, esa institución se estableció junto al palacio del virrey, donde Cervantes cultivó 1.400 especies de plantas y dictó cursos de botánica durante 30 años, formando a los primeros botánicos del país. Los planes para un jardín más grande en las lomas de Chapultepec no llegaron a desarrollarse, pero Cervantes convirtió su disciplina en una materia indispensable para una educación completa. Cuando los expedicionarios regresaron a España, Cervantes no quiso dejar su puesto, permaneciendo en México hasta su muerte en 1829. A través de sus contactos con Madrid y otras capitales europeas, mantuvo el prestigio del Jardín Botánico. México reconoció sus esfuerzos haciendo excepción de su persona cuando la Asamblea Nacional publicó el decreto de expulsión de los españoles del país.

### 4. La expedición de Malaspina

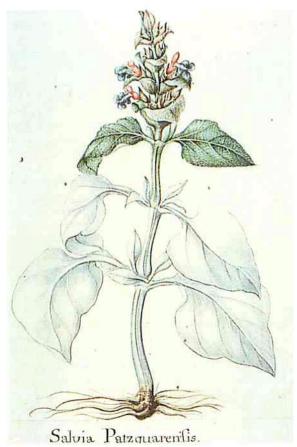
Alejandro Malaspina, nacido en Palermo, es uno de los componentes de la generación de marinos intelectuales del siglo XVIII. Formado en España como marino, ingresó en la Armada y participó en combates navales contra las escuadras inglesas de

Dibujos de la flora mexicana, con la Cordia Sebestena, la Verbena Grandiflora, la Portulaca Patens y la Salvia Patzquarensis, tal como aparecen en la Flora Mexicana, publicada como consecuencia de la expedición a Nueva España llevada a cabo por Martín Sessé y José Mariano Mociño a partir de 1787. (Real Jardín Botánico, Madrid).









los almirantes Rodney y Howe, y realizó una circunnavegación a la Tierra en la fragata Astrea. En 1789 fue nombrado capitán de las corbetas Descubierta y Atrevida, y se dedicó a preparar la expedición científico-política que ha pasado a la historia con su nombre.

Junto con el también capitán de fragata José Bustamante y Guerra había elaborado y presentado un proyecto en 1788 para la realización de un viaje alrededor del mundo de carácter científico, en el cual se investigase también «el estado político de América, así relativamente a España como a las naciones extranjeras». En otra parte de su escrito añade que la expedición llevaba como uno de sus objetivos «el conocimiento de la América, para navegar con seguridad y aprovechamiento por sus dilatadísimas costas, y para gobernarla con equidad, utilidad y métodos sencillos y uniformes».

El plan de la empresa era salir de Cádiz en 1789 y volver al cabo de tres años y medio, una vez completada la circunnavegación del mundo. El itinerario sería Montevideo, las Malvinas, cabo de Hornos, el Pacífico, hasta hacer escala en Kanchatka y desde ahí ir a Cantón, Manila y Nueva Zelanda, para regresar a España por el cabo de Buena Esperanza.

Antonio Valdés, ministro de Marina, aprobó el proyecto y determinó que se construyeran dos corbetas, *Descubierta y Atrevida*, específicamente para la realización de la expedición. Para el cumplimiento de la parte científica iban los naturalistas Antonio de Pineda y Luis Née, y se les tenía que unir en Perú Tadeo Haenke; además, llevaban a los pintores José del Pozo, Fernando Brambila y Juan Ravenet.

Efectivamente, la expedición partió de Cádiz en 1789 y cumplió la primera parte de su itinerario doblando el cabo de Hornos para llegar a las costas pacíficas americanas. Pero llegaron hacia el norte hasta Nutka para hacer un mapa de las costas noroccidentales americanas, motivo de conflictos diplomáticos entre España e Inglaterra en torno a la soberanía sobre la zona. Desde Nutka regresaron hasta Acapulco para realizar el cruce del Pacífico y recorrer las Marianas, Filipinas, Nueva Zelanda, Australia y el archipiélago de Vavao. Sin embargo, la guerra entre Francia y España hizo aconsejable no completar la circunnavegación del mundo, de manera que la expedición volvió a España atravesando el cabo de Hornos. Después de visitar las Malvinas y Montevideo, las dos corbetas entraron en el puerto de Cádiz el 21 de septiembre de 1794.

Los resultados de este viaje se conservan en parte en el Museo Naval de Madrid, en el Gabinete de Historia Natural y en la Botica Real, encontrándo-se entre ellos utensilios de indígenas y productos naturales de las regiones visitadas. Con todo, la labor científica se vio comprometida por las complicaciones que sufrió Malaspina, según parece por un enfrentamiento con Godoy, al que había llegado por un enredo de Corte en el que intervino la reina María Luisa. Encarcelado en La Coruña, los documentos corrieron el riesgo de ser destruidos; los que se

salvaron fueron publicados en 1885 por Pedro Novo y Colson. No obstante, la mayor parte de las observaciones recogidas sobre astronomía e historia natural se perdieron, pero el inmenso caudal de dibujos, etc., quedó archivado y en el presente se acomete su publicación.

Es interesante señalar que, de su paso por América, Malaspina sacó experiencias que le llevaron a proponer un plan para que España conservará tales territorios, en el que se mostraba partidario de concederles mayor autonomía, más amplia libertad de comercio y una reducción de los impuestos. Sin duda, un programa que debió de ser juzgado excesivamente liberal.

En último término, Malaspina fue condenado, a consecuencia de las intrigas en que se vio envuelto, al destierro; volvió a Italia y murió en 1809.

### 5. Humboldt, en la América española

Aunque su vida sobrepasa la primera mitad del siglo XIX, Humboldt perteneció a la generación ilustrada del siglo XVIII. Ortega y Medina ha dicho de él que «no fue el único y exclusivo viajero en la América Hispana, pero sí fue el más conspicuo de todos nuestros visitantes y, sobre todo, el más decidido a rehabilitar al Nuevo Mundo de los torpes e injustos ataques deslustrados de los De Paw, Raynal, Robertson, Buffon, etc., y, por consiguiente, para brindar a Europa un cuadro fiel, científicamente estructurado, de la verdadera realidad americana, o cuando menos de lo que él supuso que era dicha realidad».

Humboldt llegó a España acompañado de Bonpland en 1799 con intención de ir al Próximo Oriente, pero sus proyectos se transformaron en un viaje por la América española, con los plácemes de la Corona, que duró hasta 1804 y en el que visitó los actuales países de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, México y Cuba.

Fruto de las investigaciones que realizó en este viaje son siete obras, Atlas pintoresco. Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América (París 1810), Atlas geográfico y físico del Nuevo Continente (París 1814), Atlas geográfico y físico del reino de la Nueva España (París 1811), Ensayo sobre la geografía de las plantas (París 1805), Relación histórica del viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente (París 1818-1825), Ensayo político sobre el reino de la Nueva España (París 1811) y Examen crítico de la geografía del Nuevo Continente (París 1814-1834). De la Relación histórica... el propio Humboldt desglosó en 1826 el Ensayo político sobre la isla de Cuba.

### VII. La literatura de la época

La corriente literaria barroca que había dominado en la América española hasta la primera mitad del siglo XVIII fue sustituida en el resto del siglo por las tendencias clasicistas. En la fundamentación espiritual de la nueva corriente literaria intervino, de forma importante, un hecho radical que, por otra parte, alteró de muchas maneras el ritmo vital americano. En 1767 Carlos III determinó la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús, tanto del territorio peninsular como de los reinos españoles en general. En concreto, el extrañamiento de los jesuitas de América supuso un golpe duro para el desarrollo de la actividad literaria, así porque los mismos jesuitas habían intervenido directamente como autores, como por su función de mediadores entre la burguesía criolla y la Administración. Con la expulsión, el gobierno de la Corona comenzó a ser visto por los criollos con un sentido más crítico. Sin embargo, la desaparición de los jesuitas, que habían dominado la vida humanística, abrió este campo a un sector más amplio de la sociedad culta.

De otro lado, resultaba lógico que penetraran en la América española las nuevas corrientes de pensamiento que triunfaban en Europa. La progresiva apertura comercial, las autorizaciones de la Corona española a investigadores europeos para entrar y recorrer ampliamente los territorios ultramarinos, y la propia influencia que las nuevas ideas tuvieron en España fueron factores que abrieron vías de entrada del espíritu racionalista inevitablemente.

Los rasgos característicos del clasicismo europeo son igualmente detectables en la literatura americana, aunque con las modificaciones propias que hicieron de ellos los espíritus hispánicos. Así, el racionalismo francés resultaba excesivamente frío para armonizar con la sensibilidad del español; quizá por ello los frutos de la literatura de entonces no puedan ser tenidos como definitorios de una época de esplendor.

El apegamiento a la norma, a lo regulado previamente y destinado a conseguir unas fórmulas de valor universal, fue fomentado por los Borbones españoles, de manera que produjo sus frutos en la separación de los géneros literarios y las unidades dramáticas. Por otra parte, el espíritu normativo quedó reflejado igualmente en la fijación idiomática, gracias al diccionario de la Real Academia de la Lengua.

La voluntad didáctica, difusora del pensamiento, que distinguió al espíritu ilustrado, se plasmó en la aparición de tertulias, sociedades y publicaciones que comenzaron a funcionar en la primera mitad del siglo XVIII en un ámbito aristocrático, para pasar en la segunda mitad del siglo a penetrar en los sectores de la burguesía.

Recibido por una sociedad que había visto exaltar el sentimiento criollo a lo largo de todo el siglo XVIII, el clasicismo americano, a pesar de mantener los rasgos de forma y contenido, se carga con el bagaje de esperanzas y amor patriótico, de forma que la poesía de fin de siglo acentuó, sobre todo, una carga imbuída de ese espíritu. De otro lado, así como el clasicismo había nacido de la exaltación de lo grecorromano en Europa, en América se distinguió por poner el acento en la propia raza indígena cantando sus excelencias, así como las de la propia naturaleza americana.

Pero, en líneas generales, la inercia del barroco se hacía sentir aún en América y por ella el peso de una idea del hombre, de Dios y del Estado que no permitía a los poetas el vuelco absoluto hacia la naturaleza.

En esta línea se entiende que el clero americano participara activamente, hasta en la época de la independencia, en la exaltación de lo patriótico, lo mismo que había ocupado un lugar de vanguardia en la defensa de la naturaleza americana y de los americanos en la controversia suscitada por los escritos de Cornelius de Paw.



El mito de las sirenas fue cultivado por los artistas populares con mucha frecuencia, por lo que aparecen tanto en fachadas de edificios religiosos o civiles como en esculturas exentas, como la que aqui vemos de la escuela quiteña del siglo XVIII. (Museo del Banco Central del Ecuador, Quito).

### 1. Géneros

a) Los poetas. En una época de gran efervescencia político-emocional, como fue la del clasicismo americano, se utilizó profusamente el género poético como vehículo de expresión de ideas y sentimientos. La sátira estuvo asimismo presente, en razón de la inquietud social existente en la América española de fines del siglo XVIII. Un género original americano fue la poesía monacal en lengua latina, que recogía la importancia de la tradición eclesiástica americana, no interrumpida a pesar de la creciente influencia de los filósofos y el enciclopedismo.

En cuanto a la prosa, la crítica social utiliza como medio de expresión el estilo de la novela picaresca española del Siglo de Oro. Proliferaron los artículos periodísticos y los de divulgación científica, que pertenecen a una literatura que busca efectos más pragmáticos que estéticos, relacionados con el interés que entonces prevalece de difundir los conocimientos prácticos. Ya en la fase nuclear de la emancipación ocupó un lugar destacado una forma particular de prosa, vehículo de discursos políticos, proclamas y discusiones parlamentarias que comienzan una tradición, hoy cuajada, que singulariza a la América española.

Se cultiva igualmente y por toda la extensión de la América colonial el género fabulista moralizador, que sustituye a la literatura religiosa arraigada en el barroco.

La línea bucólica tuvo como representantes destacados a Manuel de Navarrete en México (1768-1809), que figura en la vanguardia del estilo con su *Arcadia mexicana*, y a Manuel Justo de Rubalcava (1769-1805), un cubano de vida muy dinámica que siguiendo a Navarrete tradujo las *Églogas* de Virgilio.

La poesía descriptiva se inspira en las nuevas ideas ilustradas. El argentino Manuel José de Lavardén (1754-1809) fue el primero en cultivarla en el Plata, con su obra Al Paraná, con reminiscencias del barroco en sus formas ampulosas, pero también con un fondo utilitarista, que contempla la naturaleza por la riqueza económica que puede proporcionar. Lavardén era miembro de una familia distinguida—su padre, un alto funcionario colonial—, se formó en la Universidad de Chuquisaca y fue miembro de la Sociedad Patriótica, Literaria y Económica.

También argentino fue Juan Cruz Varela (1794-1839), seguidor del español José de la Quintana y su imitador ferviente. Sus temas están relacionados con la exaltación del progreso humano, idea característica del espíritu ilustrado. Así, canta en sus obras los triunfos del ejército argentino de liberación, la fundación de la Universidad de Buenos Aires o la libertad de prensa; y critica las crueldades de los españoles o la dictadura de Rosas en su propio país independiente.

El representante más destacado de la lírica americana fue Andrés Bello (1781-1865), natural de Caracas. Fue secretario de la Capitanía General de Venezuela y, ya en la época de la emancipación, pasó

a Londres en la comisión de la Junta de Caracas, con Bolívar. Se singulariza por ser el primer panamericanista intelectual de una consistente formación católico-española, que le atrajo gran número de críticas.

Su labor poética se centra en las Silvas americanas; una no terminada, Alocución a la poesía, en la que aboga por la independencia intelectual del mundo americano, y La agricultura de la zona tórrida, en donde hace un canto a la naturaleza americana invadido por un sentimiento patriótico y singularizado por el armonioso entrelazamiento entre naturaleza y cultura. Fue el gran cervantista del continente.

Dentro de la poesía satírica es preciso citar a Esteban de Terralla y Landa, originario de Andalucía, pero asentado en Perú. En su obra *Lima por dentro y por fuera* se manifiesta como un agudo crítico que fustiga a la sociedad corrupta limeña de fin de siglo.

Un movimiento literario singular de corte clasicista fue el representado por el resurgir de la vieja épica, escrita por religiosos y en lengua latina, en un contexto que la hacía completamente extemporánea, como era el significado por las nuevas ideas vertidas en Europa con la Revolución francesa. Su figura más destacada es el guatemalteco Rafael de Landívar (1731-93), jesuita, profesor de la Universidad de San Carlos, autor de un poema titulado Rusticatio mexicana, escrito en el exilio y publicado en Módena en 1781 en su primera edición y un año después, ampliado, en Bolonia. La obra de Landivar enlaza con La grandeza mexicana de Bernardo de Balbuena como antecedente, y se puede considerar que anuncia la Silva a la Agricultura de Andrés Bello. Canta a la tierra mexicana con la añoranza del exiliado que recuerda y describe la naturaleza del país y su rendimiento económico.

Dentro de este movimiento habría que situar también a los mexicanos Diego José Abad (1727-79), autor de una vida de Cristo, y a Francisco Javier Alegre (1729-88), que igualmente cultivó el género poético utilizando la lengua latina.

b) Prosa. Así como la poesía se impregna de las ideas ilustradas y más tarde se carga con un contenido político, la prosa de la segunda mitad del siglo XVIII sólo excepcionalmente se vincula a esas motivaciones, de manera que permanece más como literatura formal que como vehículo de nuevas ideas.

En primer lugar es preciso considerar la obra titulada Lazarillo de ciegos y caminantes desde Buenos Aires hasta Lima, que salió a la luz en Lima hacia 1775 ó 1776, aunque en la propia obra figura como lugar de la primera edición Gijón y la fecha 1773. El fundamento de este escrito fue un viaje real, de carácter oficial, realizado por Alonso Carrió de la Vandera, según unos en 1746 y según otros en 1771. Carrió de la Vandera (1714?-83) fue un español, natural de Gijón, que había residido en México, Perú, Chile y Río de la Plata dedicándose al comercio. Vuelto a España acompañando a un grupo de jesuitas expulsos, fue comisionado para asentar

#### CATÁLOGO DE LAS LENGUAS

## DE LAS NACIONES CONOCIDAS,

T NUMERACION , DIVISION , Y CLASES DE ESTAS

SECON LA DIVERSIDAD

DE SUS IDIOMAS Y DIALECTOS.

SU AUTOR

EL ABATE DON LORENZO HERVÁS, Trologo del Eminentisimo Señor Cardenal Juan Francisco Albani, Decano del Sagrado Colegio Apostólico, y l'anonista del Eminentisimo Señor Cardenal Aurelio Roverella, Pro-datario del Santo Padre.

VOLÚMEN I.

LENGUAS Y NACIONES AMERICANAS.

CON LICENCIA.

which are the control of the series of the s

Se bellevai en la Libreria de Ranz valle de la veuz

El erudito Hervás y Panduro fue un famoso personaje del mundo intelectual español de la época de la llustración, que se ocupó de aspectos muy diversos de los que preocupaban la atención de las mentes más eruditas e inquietas por el conocimiento de la razón de todas las cosas. Así publicó una obra que tituló «Viaje estático al mundo planetario» para tratar del mecanismo regulador de los principales fenómenos del cielo; otra obra la dedicó al hombre físico para tratar de su anatomía y de la localización del motor del pensamiento. Pero también a finales del siglo llegó a publicar su obra fundamental en 6 volúmenes que tituló «Catálogo de las Lenguas», cuyo primer tomo lo dedicó a las lenguas y naciones americanas. Se trata de un intento sistematizador que supuso un esfuerzo casi incomprensible. Se publicaba este tomo en Madrid en 1800.

una ruta, dentro de la organización de correos emprendida por los Borbones, entre Montevideo, Buenos Aires y Lima, que se implantó efectivamente. Concolorcorvo es el nombre de un indigena que acompañó a Carrió de la Vandera como amanuense entre Córdoba y Potosí. Se ha polemizado sobre la autoria de la obra, en la que figura como tal el indio Concolorcorvo, que es el alias de Calixto Bustamante Carlos Inca. En efecto, parece que el indio fue inspirador de muchas de las partes del relato, probablemente todas aquellas que proporcionan al Lazarillo de ciegos caminantes un aire de novela picaresca, a pesar de ser un escrito de carácter oficial. Con todo, el autor hace gala de una formación cultural que se detecta en los numerosos galicismos, uso del latín y cultismos que aparecen en el relato, y que

no parecen ser propios de Concolorcorvo según la imagen que la propia obra proporciona del indio amanuense. Además, Alonso Carrió de la Vandera tenía otras razones para ocultar su autoría, en cuanto que entre él y el principal comisionado de correos, José Antonio de Pando, hubo graves discusiones y enfrentamientos acerca del modo de organizar el servicio postal, hasta el punto de que el propio virrey hubo de mediar en el conflicto y favoreció las posiciones de Pando. Probablemente Carrió de la Vandera expuso a lo largo de la obra puntos de vista relacionados con tal enfrentamiento y que hoy nos aparecen velados y de difícil valoración, y que le llevaron a protegerse atribuyendo el relato al indio Concolorcoryo.

El Lazarillo debió de haber sido una obra esencialmente técnica, fruto de un viaje de inspección del que había que recoger datos que hicieran posible la organización del servicio oficial de correos. Pero la capacidad crítica y el sentido de observación del autor transformaron un informe oficial en una obra literaria que aún en la actualidad se lee con interés por sus sabrosas descripciones de los ambientes que visitó, que sobrepasan en mucho el frío dato oficial. Así, por ejemplo, se detiene a contemplar en Montevideo la figura del gancho y ofrece datos que reflejan la riqueza ganadera de la región; en Buenos Aires describe las costumbres de la sociedad y apunta la importancia del sector comercial, que iba a ser la base del engrandecimiento de la futura ciudad virreinal. Por último, en el punto final de su viaje, hace una descripción de Lima comparándola con el Cuzco y con México.

Hay muchos aspectos del relato en los que aparece el sentido crítico del autor, de corte racionalista, pero manteniéndose siempre en posiciones convervadoras que le llevan a defender la situación social de la América española, hasta el extremo de que ignora, o no es capaz de ver, la necesidad de remedio en la situación de indios y negros, que habían criticado Jorge Juan y Antonio de Ulloa en la primera mitad del siglo XVIII.

En Quito sobresale la figura del doctor Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1747-95), que es el elemento más representativo del espíritu critico propio del siglo XVIII. Es particularmente interesante por tratarse de un zambo, hijo de indio v mulata, además de por las características peculiares de su personalidad. Su padre era cirujano y administrador del hospital de la Misericordia y el mismo se sintió inclinado hacia la medicina, de manera que se graduó en el Colegio de San Fernando como médico a los 20 años. Hombre inquieto, no se contentó con esa formación e hizo después los estudios para graduarse en leyes, de forma que constituye una muestra palpable de la posibilidad de los individuos de las castas para acceder a los estudios superiores.

Se distinguió por haber adoptado una postura crítica de la administración colonial y de los valores sociales, que probablemente vertió en pasquines colocados a las puertas de las iglesias y edificios públicos de Quito. En la obra más conocida de este librepensador, el Nuevo Luciano de Quito o despertador de los ingenios quiteños en nueve conversaciones eruditas para el estímulo de la literatura, publicada en 1779, se muestra como un crítico del sistema educativo establecido en Quito, de forma que satiriza con acritud la retórica y la filosofía y teología moral enseñada por los jesuitas, a cuya Orden había pertenecido.

Es un caso títpico de librepensador hispanoamericano que concilia su formación humanista y religiosa con las nuevas ideas de los filósofos, lamentándose, cuando es el caso, del apartamiento de éstos de la religión. Admirador de Voltaire y Rousseau, conocedor del pensamiento de Locke, Bacon, Grocio, Hobbes, Feijoo y otros, vierte sus ideas en sus escritos.

La obra se presenta como un diálogo de corte clásico entre dos personajes ficticios, el doctor Miguel Murillo y el doctor Luis Mesa, ex jesuita y hombre ilustrado, que marca las pautas ideológicas en el relato y que representa al propio Espejo.

Después de El nuevo Luciano, escribió otras dos obras del mismo corte tituladas Marco Porcio Catón o Memorias para la impugnación del Nuevo Luciano de Quito (1780) y La ciencia blancardina (1781), nombre que deriva de la aparición en los diálogos de un nuevo personaje llamado Moisés Blancardo, cuyas ideas fustiga el autor y que representa a fray Juan de Arauz, un mercedario que había criticado el Nuevo Luciano.

También escribió en su calidad de médico de reconocido prestigio un estudio titulado Reflexiones acerca de un método para preservar a los pueblos de las viruelas (1785), en el que no abandona su persistente crítica, esta vez enfocada a señalar defectos de sus colegas quiteños y de las condiciones de higiene de la ciudad. Esta obra le valió ser desterrado de Quito, a donde no regresó hasta 1790 y al año siguiente fue designado secretario de la Sociedad de Amigos del País. Más tarde organizó la Biblioteca Pública de Quito y fundó el primer periódico del lugar, que se denominó Primicias de la Cultura de Quito, que sólo salió a la luz en tres ocasiones y que iba destinado a la educación del pueblo, preferentemente a la juventud.

Hombre muy vinculado a las ideas renovadoras, fue arrestado en varias ocasiones por sus críticas feroces a los españoles y a la política metropolitana; trató a Antonio de Nariño en Bogotá y se le tiene como uno de los precursores del movimiento independentista.

En México la figura más señera es José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), autor de la novela picaresca titulada El Periquillo Sarniento, por la que el autor es sobradamente conocido. Lizardi fue un escritor racionalista, con influencia de los franceses y los españoles afrancesados, que como Santa Cruz y Espejo se distinguió por sus críticas a la situación. Director de El Pensador Mexicano, publicó en él numerosos artículos que le llevaron a las prisiones mexicanas por su defensa de los movimientos independentistas. Fue también un fecundo fabulista seguidor de Samaniego, cultivó la poesía

y escribió, también como Espejo, en forma de diálogos, siempre dejando clara su intención crítica de carácter político y contraria al régimen colonial.

El Periquillo Sarniento se singulariza por ser la primera obra novelesca que se escribió en la América española, en donde la difusión de obras de este género fue escasa, aunque las prohibiciones oficiales no se cumplieran de hecho. El protagonista de la novela de Lizardi es un joven de familia acomodada que va degradándose progresivamente hasta convertirse en un delincuente del hampa mexicana. El modelo más seguido por Lizardi es el Guzmán de Alfarache, de Mateo Alemán, de manera que la obra mantiene una estructura típica de novela picaresca. Sin embargo, Lizardi utiliza su obra para plasmar sus inquietudes con un deseo moralizador, propio de su pensamiento ilustrado, y así saca a la luz los defectos múltiples de la sociedad mexicana virreinal próxima a la emancipación, que tan esplendorosa aparecía contemplada desde fuera. Estos deseos didácticos le sitúan en la línea de Feijoo, aunque se muestra mucho menos hábil para aplicar a su relato de manera adecuada las dosis moralizantes, de las que, por otra parte, no parece que pudiera prescindir porque sus aspiraciones reformistas ocupaban un lugar de primer orden en la propia justificación de su obra.

Escribió también otras obras en las que mantiene los mismos fines que en el Periquillo, como La Quijotita y su prima, en la que aborda el tema de la educación femenina; Noches tristes y día alegre, obra cercana al romanticismo, y Don Catrín de la Fachenda.

### VIII. Teatro

Una concepción nueva del teatro como una institución moral, es decir, como un lugar de educación e ilustración, surgió cuando terminaba el siglo XVIII. Las nuevas ideas se dejaron ver en la propia actitud de las autoridades coloniales ante las relaciones entre el público y el teatro, que juzgaban no sólo buenas para ese público, sino también favorables para la sociedad en la medida en que colaboraban en la tarea de «desterrar los vicios y desórdenes nocivos [...], especialmente el juego inmoderado y la murmuración ofensiva al prójimo y aun al gobierno y, por eso, en muchas partes se ha mirado como máxima política dar al público esta honesta diversión para distraerle de perniciosos desórdenes».

En consecuencia, las autoridades coloniales colaboraron eficazmente para favorecer el bien público patrocinando la construcción de coliseos, que en poco tiempo surgieron en todas las capitales importantes de la América española, hasta el punto de que Arrom define la época como la «era de los coliseos». Se construyeron teatros en México (1725-53), en Puebla (1761), en La Habana (1776), en Buenos Aires (1783), en Caracas (1784), en Montevideo y Bogotá (1793), en Guatemala (1794), en La Paz (1796) y en Santiago de Chile (1802).

La nueva importancia del teatro derivó en la aparición de instituciones dedicadas a encauzar el gusto del público en direcciones determinadas. Así surgió en 1817 la Sociedad de Buen Gusto de Teatro en Buenos Aires, cuya función primordial consistió en orientar la actividad dramática en la línea del clasicismo europeo. También, como era de esperar, aumentaron las traducciones de obras, sobre todo francesas, al castellano, aunque progresivamente fueron apareciendo autores dramáticos locales que, además, llevaron a los escenarios temas propios de su historia o de su ambiente peculiar. Con todo, el incremento de la actividad se cubrió preferentemente con traducciones de autores extranjeros, como Molière, Racine, Corneille, etc., y españoles, como Calderón, Agustín Moreto y Leandro Fernández de Moratin, entre otros.

Algunos autores alcanzaron un grado de notoriedad considerable, como el cubano Francisco de Covarrubias y sobre todo la actriz Micaela de Villegas y Hurtado de Mendoza, más conocida por el sobrenombre de *la Pericholi*.

Lo más destacable, por ser lo más genuinamente americano, es la representación de piezas teatrales de tema sacado de la historia de la América precortesiana y escritos en lengua indígena. Técnicamente, estas obras parecen ser una armonización del antiguo teatro indígena y las formas de la comedia española; los más conocidos son dos dramas peruanos titulados Ollantay y Uscar Paucar.

### 1. El teatro en el virreinato del Perú

La época de esplendor de la actividad dramática en Perú correspondió a los años de gobierno del virrey Manuel de Amat y Junient (1761-76), que fue un gran impulsor del teatro popular, no enmarcable dentro de las coordenadas del clasicismo, pero distinto de la continuidad barroca que todavía persistía en los escenarios americanos. En la época de Amat se fortaleció la comedia, fue inaugurada la plaza de toros de Lima, se abrieron paseos públicos, se establecieron numerosos cafés y fueron los años de mayor tirada de La Gaceta de Lima.

Los cambios en lás formas de vida colonial, que son tan ostensibles en Lima como en el resto de las capitales de la América hispana, no procedieron de una actuación oficial, no fueron dirigidos desde arriba, sino que correspondieron al deseo del pueblo de vivir en la calle, abandonando las austeridades antiguas. Amat fomentó, en efecto, la actividad teatral limeña, pero atendiendo a los nuevos gustos que se habían despertado en la sociedad; incluso el famoso romance entre el virrey y la Pericholi —como sugiere Luis Alberto Sánchez— es preciso juzgarlo no como una consecuencia del gusto de don Manuel Amat a las comedias, sino de la predilección de ambos hacía las nuevas formas de vida.

En esta época no hay conocimiento de obras teatrales importantes escritas por autores criollos; sin embargo, sí hay testimonios que permiten suponer que siguieron representándose en Lima obras de autores barrocos y tradicionalistas españoles, como Calderón, Moreto, Rojas, Zorrilla, Antonio de Zamora, José de Cañizares y José Fernández de Bustamante.

Es interesante citar el *Drama de los Palanganas* como expresión de la rebeldía criolla. La obra tiene un tono satírico y fue escrita como denuncia de las maniobras sucias del virrey Amat y su asesor José Perfecto de Salas. También se ataca en ella a *la Pericholi* y, en líneas generales, se ofrece una visión del panorama social limeño de fines del siglo XVIII. Es muy significativo situar esta obra en el tiempo, porque aparte de que sus autores, con un criterio comprensible, la hicieron coincidir con las fechas en que el nuevo virrey Guirior asumió el gobierno (junio de 1776), ya se había producido la declaración de independencia de los Estados Unidos, que fue tenida por muy peligrosa en su posible ejemplaridad por el Gobierno español.

# CARTA SEGUNDA

EN QUE

SE CONTINUA LA CRITICA

DELA

HISTORIA DEL NUEVO-MUNDO

DE

DON JUAN BAUTISTA MUÑOZ,

COSMOGRAPO MAYOR DE LAS INDIAS.

POR M. A. R. P.



CON LICENCIA.

MADRID ARO DE 1798.

Juan Bautista Muñoz, encargado por Carlos III de escribir la Historia del mundo, llegó a publicar el primer tomo de la misma. Pero ya la iniciativa y los trabajos preliminares fueron objeto de gran atención e incluso de crítica. Esta portada que ofrecemos corresponde a la que ejerció, tras esas iniciales con que se firma el escrito, el padre Iturdi Fernández, que era natural de Buenos Aires. Obsérvese que en esta portada aparece localizada la impresión en Madrid, pero no figura la imprenta. Esta segunda carta ocupaba 98 páginas, dedicadas al problema de la conquista y propiedad de las tierras americanas (ocupación, rescate o compra, cestón voluntaria o conquista). Su interés en el movimiento de las ideas es evidente.

A lo largo de toda la segunda mitad del siglo XVIII continuó la afición a la representación de loas, una forma de teatro chico en la línea de la continuidad barroca, ya decadente, en honor de los reyes españoles o de los virreyes, como la dedicada a Amat, Loa al mejor Apolo luciente, Phebo Americano. Con motivo de la subida al trono de Carlos IV, que se celebró en Lima a fines de 1789 y principios de 1790, años de gobierno del virrey Teodoro de Croix, se representaron loas entre los múltiples festejos organizados para exaltar al nuevo monarca. Una descripción de cómo se escenificaron estas loas, realizada por Lohmann Villena, puede servir de ejemplo.

«sobre un tablado que se alzaba frente del palacio y engalanado con mucho lujo representaban cuatro loas [...]. Los personajes [...] hicieron su aparición sobre imponentes carros, de los cuales el primero representaba las industrias mineras. Venía sentado en él, ocupando un suntuoso trono, el Arte de la Metalurgia, con el tocado y traje ornados de riquisimas joyas [...]. Le acompanaban tres Bellezas: el Oro, que tenía en la frente un sol refulgente; la Plata, con una luna como turbante, y la mina de Azogue [...]. El argumento de la loa se reduce a expresar en pedestres versos y recitados [...] el rendimiento de pleitesía que están obligadas a prestar al flamante monarca las minas del Perú. Sobre el segundo carro, que simboliza a la Península Ibérica, venían tres matronas representando las tres Américas, respectivamente. Subieron vestidas de rico tisú [...] y aparecía cada una de ellas con una llave en la mano [...]. El tercer carro, coronado con un águila real, con el escudo de Lima, venía ocupado por la representación del Reino Peruano, con traje a la usanza española [...]. Sus dos acompañantes, la Virtud y el Día, también se exhibían regiamente vestidos [...]. El último carro, denominado en la relación descriptiva el Carro del Sol, porque iban representados en él los monarcas españoles, mostraba a tres personajes: la Ciudad de Lima [...], el Cabildo de los Naturales del Cercado [...] y el Perú [...] con un lujoso ropaje [...]. En la cuarta loa comienza Lima entonando al son de la música el gozo que la embarga.»

Todavía en 1790 continuaban atrayendo al público este tipo de representaciones, como muestran las loas dedicadas al virrey Gil de Lemos, aunque la funcionalidad política de estos festejos priva probablemente sobre el gusto popular. Y aún en 1806 el virrey Abascal y Sousa también fue recibido en Lima con una loa de José Joaquín Olmedo, en la que pedía al virrey protección para el teatro.

Como antes fue señalado, en el virreinato peruano hay que destacar la aparición de obras dramáticas de temática fundada en la historia indígena. La más conocida es la titulada *Ollantay*, atribuida al clérigo Antonio Valdés, natural de Tinta, en el Alto Perú; precisamente en esa localidad tuvo lugar la primera representación ante Tupac Amaru, que luego se sublevaría contra el poder español como había hecho el protagonista de la pieza teatral con respecto al poder del inca. En cuanto a la fecha de la aparición de la obra ante el público, no hay una posición nítida: hay quien la sitúa en la primera mitad del siglo XVIII, mientras que otros se inclinan hacia los años 70 del siglo.

El tema consiste en una historia de amor entre Ollantay, un oficial del ejército, y Cusi-Coyllur, una hija del inca Pachacutec. Para cortar la relación entre ambos, que resultaba inviable por la diferencia social, Pachacutec hace que su hija entre en el Aclahuasi (Casa de las Vírgenes del Sol) durante diez años. Ollantay reacciona rebelándose contra el poder del Estado, llegando incluso a derrotar al ejército inca, pero por una traición cae en poder de Tupac-Yupanqui, sucesor de Pachacutec y hermano de Cusi-Coyllur. Pero, sorprendentemente, el nuevo inca no sólo perdona a Ollantay, sino que le entrega a su hermana.

De autor desconocido es otra obra titulada *Uscar Paucar*, que tuvo una finalidad esencialmente religiosa: fomentar la devoción a la Virgen de Copacabana. No se han observado más piezas teatrales de este estilo, aunque hay noticias de que en Potosí llegaron a representarse hasta ocho piezas que incluían partes escritas en quechua.

En los años finales del siglo XVIII continuaban representándose en Perú obras de autores españoles del barroco y tradicionalistas, y también de moratinianos y costumbristas. Entre las recogidas por Irving A. Leonard correspondientes a estos últimos figuran obras de Ramón de la Cruz (Eugenia, la zarzuela El ingenioso licenciado Farfulla y La retreta); de Gaspar Melchor de Jovellanos (El delincuente honrado y ejemplo de la amistad); de Tomás de Iriarte (El filósofo casado y arrepentido de celos), y de Antonio de Valladares (El gran emperador Alberto I o La Belina y El vinatero de Madrid).

### 2. Buenos Aires

El despertar de la vida teatral en Buenos Aires está vinculado a la fundación del virreinato del Río de la Plata y particularmente al apoyo prestado por el virrey Juan José de Vértiz y Salcedo, que patrocina la construcción del teatro de la Ranchería, todavía de circunstancias, en 1783, y publica un reglamento para regular el desarrollo de los espectáculos dramáticos (Instrucción que deberá observarse para la representación de comedias en esta ciudad).

Poco se sabe del repertorio representado en los primeros años del nuevo teatro, aunque inevitablemente figuró Calderón. Lo verdaderamente reseñable ocurrió en 1789, cuando se representó la tragedia Siripo, de Manuel José de Lavardén (1754-1810), de manera que por primera vez salía a la luz un autor americano con una obra de tema americano.

Lavardén se formó en Buenos Aires y Perú en principio, para pasar después a España, en donde estuvo en Granada, Toledo y Madrid. De regreso

en Buenos Aires, ya graduado en Leyes, ejerció como docente en la Universidad y comenzó su actividad lírica, por la que disfruta de merecido renombre. Su obra dramática consta del Siripo y la loa La Inclusa, ninguna de ellas conservada. Parece ser que preparó algunas más, pero se desconoce hasta dónde llegó en su elaboración; él mismo habla de dos títulos, La muerte de Filipo de Macedonia y La pérdida de Jerusalén por la traición de Tancredo, de las que se ignora todo.

Aparte del estreno del Siripo, en la actividad dramática de Buenos Aires se puede detectar el mismo gusto por lo barroco que se ha observado en las otras capitales americanas. En el teatro de la Ranchería se representaron La gran Cenobia, de Calderón, y La fuerza del natural, de Agustín Moreto. En 1789 el edificio del teatro se vino abajo a causa de un incendio, que quizá se llevó consigo los escritos de las obras dramáticas de Manuel José de Lavardén.

Desde el incendio de 1792 hasta la construcción de un nuevo teatro en 1804, Buenos Aires mantuvo una actividad dramática escasa y reducida a escenarios de circunstancias. Sin embargo, es importante reseñar que en uno de esos corrales se representó un sainete de autor desconocido titulado *El amor de la estanciera*, interesante porque debe ser considerado como precedente del teatro gauchesco.

Cuando en 1804 entra en actividad el nuevo coliseo, vuelven a representarse piezas de barrocos, como Casa con dos puertas mala es de guardar, de Calderón; El desdén con el desdén, de Moreto; y El anillo de Giges y Mágico rey de Lidia, de José de Cañizares. También se representaron obras más del gusto moderno, como el sainete La presumida burlada, de Ramón de la Cruz, y dos comedias de Leandro Fernández Moratín. El barón y El sí de las ninas, obra ésta que fue la última representada del período colonial en 1806. Por último, hay que mencionar también la representación de obras extranjeras, entre las cuales se cuentan Zaira, tragedia de Voltaire; La precaución infructuosa, de Beaumarchais; La buena criada, de Goldoni, y El hipocondríaco, de Molière.

El representante del clasicismo en Buenos Aires fue Juan Cruz Varela (1794-1839), autor de dos tragedias, *Dido y Argia*, y un sainete titulado *A río revuelto ganancia de pescadores*. Hombre muy vinculado a la política, amigo personal de Rivadavia, fue exiliado tras el triunfo de Rosas, de manera que murió en Montevideo en 1839.

#### 3. Nueva España

En diciembre de 1753 se inauguró en la capital mexicana el Nuevo Coliseo, cuarto teatro entre los que había tenido la ciudad, con la representación de la obra de Calderón *Mejor está que estaba*, que es síntoma de la continuidad del gusto por el barroco en América cuando en Europa se nutrían los escenarios de obras clasicistas.

La afición al teatro en el virreinato era notable, según se ve por la construcción del coliseo mexicano, el de Guadalajara en 1758 y el de Puebla en 1760, también inaugurado con la representación de una obra de Calderón, esta vez *Ante todo es mi dama*, y en 1800 se inauguró un teatro permanente en Durango.

Gran protector del teatro y de los actores fue el virrey Bernardo de Gálvez (1785-86), que realizó mejoras en el Nuevo Coliseo y publicó un Reglamento de Teatro, en el que recogía la normativa que debía seguirse en el desarrollo de los espectáculos, al par que prohibía las representaciones de autos sacramentales y comedias de santos.

En la década de los años 80 continúa la preeminencia de autores barrocos, aunque se va abriendo paso la nueva orientación neoclásica y costumbrista, como muestra la representación de obras de Jovellanos (El delincuente honrado) y Tomás de Iriarte (Hacer que hacemos).

También en esas fechas hacen su aparición autores mexicanos que componen obras de tipo laudatorio o de carácter religioso. Un coloquio en honor del virrey Bernardo de Gálvez se debe a la pluma de José Villegas Echevarría; Juan Pisón y Vargas dedicó una loa al virrey Manuel Antonio Flores y fue autor también de la tragedia *Elmira*, representada para festejar la llegada de Flores; y Manuel Quirós y Camposagrado, autor de temas religiosos.

Es significativa la representación en 1790 de una obra titulada *México segunda vez conquistado*, de autor anónimo, aunque con toda seguridad criollo, suscitadora de un largo proceso y que dio pie a que se manifestara la animadversión existente entre criollos y peninsulares. En la misma línea se debe situar el gusto del público mexicano por ver aparecer indígenas en los escenarios teatrales.

Entre los autores mexicanos reseñables figuran Fernando Castilla, cuya vida es absolutamente desconocida, al que pertenecen obras muy representadas en los años finales del siglo XVIII, como La lealtad americana, La mexicana en Inglaterra, La Marbella y la zarzuela La linda poblana.

De Joaquín Fernández de Lizardi, también autor dramático, se conservan siete piezas teatrales, tituladas Auto mariano para recordar la milagrosa aparición de Nuestra Madre y Señora de Guadalupe, Pastorela en dos actos, Todos contra el payo y el payo contra todos, Unipersonal del arcabuceado de hoy 26 de octubre de 1822, Unipersonal de Don Agustín de Iturbide, emperador que fue de México, El negro sensible y La tragedia del Padre Arenas. Es también suya, aunque no se conserva, la obra titulada El Grito de la Libertad en el pueblo de Dolores.

Ya muy metido en el siglo XIX, aunque nacido en 1789, está Fernando de Gorostiza, natural de Veracruz, cuya primera obra dramática, *Indulgencia para todos*, fue estrenada en 1824 en México.

#### 4. Cuba

Entre los muchos trabajos realizados por el marqués de la Torre para transformar La Habana, se

le debe también la gestión para suscribir fondos entre los ciudadanos pudientes a fin de construir el primer teatro permanente de la Capitanía General de Cuba, que comenzó a funcionar el 20 de enero de 1775 con motivo de los festejos por el aniversario del monarca español. La inauguración oficial ocurrió el 12 de octubre de ese año con la representación de la ópera *Dido abandonado*.

Se desconoce la actividad que se desarrolló en este coliseo hasta 1788, año en el que las autoridades ordenaron su cierre por estar en condiciones ruinosas. Las representaciones, desde entonces, se hicieron en un teatro provisional en el que las obras fundamentales fueron, como en el resto de las principales capitales hispanoamericanas, de autores espanoles del barroco y, menos, costumbristas y clasicistas. Sin embargo, aparecen también en los repertorios autores cubanos en los años finales del siglo, como el afamado crítico Ventura Pascual Ferrer. con su obra El Cortejo Subteniente, un sainete que no se conserva; Santiago Pita, autor de El príncipe jardinero y fingido Cloridano, y Miguel González, natural de La Habana, y autor de Elegir con discreción y amante privilegiado.

En 1800 apareció por primera vez en el escenario teatral Francisco de Covarrubias, fundador del teatro bufo cubano y figura estelar durante largo tiempo. Comenzó como actor de sainetes tras abandonar la carrera de medicina y a pesar de las duras críticas que recibió de Pascual Ferrer, que le juzgaba hábil para interpretar papeles de «bajo cómico». En una segunda fase pasó a representar sus propios sainetes, de los cuales no se conserva ninguno, aunque estuvieron en el escenario mexicano, con notorio éxito, durante medio siglo. Sí se conocen algunos de sus títulos, como Las tertulias de La Habana, La valla de gallos en los baños de San Antonio, La carreta de las cañas, Los dos graciosos y No hay amor si no hay dinero o Doña Juana y el limeño.

Entre los más destacados autores dramáticos cubanos figura Manuel de Zequeira y Arango (1764-1846), militar y poeta, entre cuyas obras conocidas están América y Apolo, Marco Bruto y Albano y Galatea.

También Francisco Filomeno (1778-1835), plenamente clasicista, abogado, director de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana y autor de *El matrimonio casual*, melodrama publicado en Madrid en 1802.

Por último, José María Heredia (1803-39), de amplia formación humanística, abogado, miembro de la logia masónica Los Caballeros Racionales, fue desterrado de La Habana por su participación en conspiraciones contra el poder colonial y terminó por establecerse en México en 1825.

Su producción dramática original sólo consta de dos obras, Eduardo IV o El usurpador clemente y El campesino espantado, que fueron escritas cuando tenía 15 años y muestran los defectos propios de una formación no madurada. Sobre todo, su actividad se centró en hacer traducciones, de las que completó ocho de obras francesas e italianas. Entre ellas están Atreo y Triestes, de Crèbillon; Cayo

Graco, de Chenier; Saúl, de Alfieri, y una adaptación del Mahana de Voltaire que tituló El fanatismo.

Además, en México actuó como crítico teatral escribiendo en dos revistas fundadas por él mismo llamadas El Iris y La Miscelánea, y figura como uno de los más grandes líricos de la América española de la época.

#### 5. Nueva Granada

Santa Fe pudo contar con un teatro permanente a partir de 1793. Hasta el fin del siglo se llevaron a la escena obras de Calderón, Moreto, de Lope de Vega y Tirso de Molina, y la primera tragedia neoclásica representada en Santa Fe, *Raquel*, de Vicente García de la Huerta.

El dramaturgo clasicista más destacado a principios del siglo XIX fue José Fernández Madrid (1789-1830). Formado en Bogotá, estudió humanidades, derecho canónico y medicina. Muy pronto se sintió atraído por la tensión política de su época y se vinculó a los movimientos independentistas, difundiendo ideas revolucionarias desde El Argos Americano, periódico que fundó en Cartagena y que luego publicó en Tunja y Santa Fe. Fue nombrado presidente de las Provincias Unidas hasta que los realistas lo desterraron a La Habana. Regresó a Bogotá en 1825 y nuevamente entró en la política del país, siendo nombrado por Santander miembro plenipotenciario en Londres, cuando Andrés Bello, con el que hace una gran amistad, estaba de encargado de negocios.

Hombre polifacético, escribió obras que revelan su inquietud profesional como médico; entre ellas están Memorias sobre la naturaleza, causas y curación del coto, Memoria sobre la disentería y Memoria sobre el influjo de los climas cálidos en la estación del calor. De su obra dramática se han conservado dos tragedias, tituladas Atala y Guatimoc.

#### 6. Chile

Hasta 1799 predomina en Chile el teatro barroco. El clasicismo triunfa con la llegada del capitán general Luis Muñoz de Guzmán, gracias sobre todo al impulso proporcionado a la vida teatral chilena por Ignacio de Cos e Iriberri y la esposa de Muñoz de Guzmán, María Luisa de Esterripa. El nuevo ambiente se refleja en la construcción de un teatro estable, el Coliseo de las Ramadas, que comienza a funcionar en 1802.

Autores dramáticos destacados fueron Juan Egaña (1768-1836), Camilo Henríquez (1769-1825), Salvador Sanfuentes (1817-60) y Andrés Bello (1781-1865).

El peruano Juan Egaña nació en Lima, en donde se graduó como bachiller en cánones y leyes en la Universidad de San Marcos. De camino para España para promocionarse profesionalmente pasó por Chile y terminó por permanecer allí ejerciendo su

profesión. En 1803, gobernando Muñoz de Guzmán, realiza su primera incursión dramática con una traducción de la tragedia *Cenobia*, original de Pietro Metastasio, que se representa en el coliseo de las Ramadas en 1803, acompañada de una loa, compuesta igualmente por Egaña, en honor de María Luisa de Esterripa, más conocida como *la Bella Marfisa*.

A partir de 1811 intervino activamente en la política de Chile independiente hasta 1814, año en que fue reinstaurado el régimen colonial. Con la derrota definitiva de los españoles en Chacabuco vuelve a Chile para ejercer hasta su muerte la profesión de abogado.

Camilo Henríquez, natural de Valdivia, se formó en Lima, en donde profesó como religioso de la Orden de San Camilo de Lelis, a la que pertenecía un tío suyo. Hombre inquieto y ávido de información, fue procesado en varias ocasiones por el Santo Oficio bajo la acusación de leer libros prohibidos. En 1811 estaba en Chile, en donde publicó una proclama cuyo controvertido contenido de carácter político le impidió volver a Perú.

Su labor política y cultural fue activísima. Redactor o colaborador en varios periódicos, como La Aurora de Chile, El Monitor Araucano, La Gaceta de Buenos Aires, El Censor y El Curioso, los tres últimos de Buenos Aires, en donde Camilo Henríquez se refugió al finalizar después de Rancagua el período de la Patria Vieja. En Buenos Aires, además de ejercer el periodismo, se graduó como médico y se dedicó al estudio de las ciencias, en particular las matemáticas, a las que era aficionado desde su época limeña.

Cuando O'Higgins comenzó a organizar el Chile independiente en 1818 reclamó la vuelta de Henríquez y le hizo director de la Biblioteca Nacional. Hasta su muerte siguió vinculado a tareas políticas y culturales, y no abandonó su inquietud periodística, que le llevó a fundar el *Mercurio de Chile* en 1822.

De su producción dramática conviene destacar Camila o la patriota de Sudamérica y La inocencia en el asilo de las virtudes, ambas escritas en Buenos Aires en 1817. Camila tuvo un éxito arrollador entre el público contemporáneo; sin embargo, tanto en esta pieza como en La inocencia prevalece la concepción de Henríquez del teatro como un vehículo para la transmisión de ideas, un instrumento destinado a la educación del público. Esta funcionalidad priva sobre los valores puramente dramáticos, de los que estas obras carecen a juicio de sus críticos.

Salvador Sanfuentes (1817-60) fue natural de San-

tiago y discípulo de Andrés Bello. De su obra dramática se han conservado el melodrama Carolina o una venganza, Cora o la virgen del sol, una versión de Ifigenia en Aulide, de Racine, y otra de Britannicus, del mismo autor, y una versión de Le cocu immaginaire, de Molière, que tituló Los celos infundados. Como los autores anteriores, desarrolló una intensa labor política que le llevó a ejercer varios cargos hasta su muerte en 1860.

Andrés Bello (1780-1865), natural de Caracas, se formó en el estudio de los clásicos griegos y latinos, y los autores del Siglo de Oro, al tiempo que estudiaba igualmente el pensamiento de los enciclopedistas franceses. En 1800 se graduó de bachiller en artes de la Universidad de Caracas. No termina los estudios de medicina, derecho y filosofía porque comienza a dedicarse a la enseñanza privada, a ejercer como secretario segundo en la Capitanía General de Venezuela y a trabajar como redactor en La Gaceta de Caracas. Profesor de Bolívar, participó en las tertulias que éste organizaba y a las que asistían miembros de la aristocracia criolla.

En 1810 marcha a Londres con Simón Bolívar y Luis López Méndez, como secretario de la embajada enviada por la Junta Suprema de Caracas para gestionar el apoyo inglés para la causa de la independencia. Estuvo en Inglaterra hasta 1829 ocupándose en la enseñanza del latín y el castellano y como secretario de legaciones, primero de la chilena y después de la colombiana.

A su regreso a América en 1829, desencantado por los resultados de la independencia en cuanto que no solucionaron los problemas americanos, dejó Colombia y marchó a Chile, país en el que se estableció hasta su muerte. Sabemos que Bolívar instó a Fernández Madrid para que Bello no abandonara Colombia, pero a pesar de que se hicieron gestiones ofreciéndole un buen puesto, no fueron acompañadas por la fortuna.

En Chile ocupó el cargo de oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, pero sobre todo siguió vinculado a las tareas educativas, primero como director del Colegio de Santiago y después como rector de la Universidad de Chile.

Su relación con el teatro comienza desde las páginas de *El Araucano*, que utiliza para fomentar la actividad dramática y para realizar la primera crítica teatral de Chile.

Su primera aportación fue la traducción del drama Teresa, original de Alejandro Dumas, de corte romántico. También tradujo el primer acto de Les Fourberies de Scapin, de Molière, a la que dio el título de Las bellaquerías de Escapín, y los tres primeros actos de Rudens o El cable del navío, de Plauto.

## Orientación bibliográfica

J. T. LANNING, Academic Culture in the Spanish Colonies, Nueva York 1940; A. P. WHITAKER, Latin America and the Enlightenment, Nueva York 1942; F. ESTEVE BARBA, Cultura virreinal, Barcelona 1965; M. PICÓN SALAS, De la Conquista a la

Independencia. Tres siglos de Historia Cultural Hispanoamericana, 5.ª reimpresión, México 1975; P. HENRÍQUEZ UREÑA, Historia de la Cultura en la América Hispánica, 10.ª reimpresión, México 1975; NAVARRO BERNABÉ, Cultura mexicana moderna en

el siglo XVIII, México 1964; G. FURLONG, Nacimiento de la filosofía en el Río de la Plata, Buenos Aires 1952; S. CLISSOLD, Perfil cultural de Latinoamérica, Barcelona 1967; P. GONZÁLEZ CASANOVA. El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII, México 1948; J. M. BERISTAIN DE SOUZA, Biblioteca hispanoamericana septentrional, 1521-1850, 3. ed., México 1947; J. TORRE REVELLO, El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española, Buenos Aires 1940; F. GONZÁLEZ DE COSSIO, La imprenta en México, 1553-1820, México 1952; E. LUQUE ALCAIDE, La educación en Nueva España, Sevilla 1970; A. R. STEELE, Flores para el Rey. La expedición de Ruiz v Pavón v la Flora del Perú (1777-1788), Barcelona 1982; V. JARA, La expedición botánica de Mutis y la cultura hispánica, Bogotá 1984; P. MARTÍN FE-RRERO, El sabio Mutis, Cádiz 1985; I. H. ENG-

STRAND, Spanish Scientists in the New World. Nueva York 1981; J. OYARZUN, Expediciones españolas al Estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego, Madrid 1976; J. C. ARIAS DÍVITO, Las expediciones científicas españolas durante el siglo XVIII, Madrid 1968; P. HENRÍQUEZ UREÑA, Las corrientes literarias en la América Hispánica, 4.ª reimpresión, México 1978; M. BATLLORI, La cultura hispanoitaliana de los jesuitas expulsos, 1787-1814, Madrid 1965; R. GROSSMANN, Historia y problemas de la literatura latinoamericana, Madrid 1972; L. SAINZ DE MEDRANO, Historia de la literatura hispanoamericana, Madrid 1976; J. J. ARROM, Certidumbre de América. Estudios de letras, folklore y cultura, 2.ª ed. ampliada, Madrid 1971; ÍDEM, El teatro de Hispanoamérica en la época colonial, La Habana 1956: C. M. SUÁREZ RADILLO, El teatro neoclásico y costumbrista hispanoamericano, Madrid 1984.